

CRUCE DE DESTINOS



Megan Galán

CRUCE DE DESTINOS

MEGAN GALAN

Obra registrada:..

Todos los derechos reservados.

CAPITULO UNO

—No voy a ir.

Lucia tragó el resto del vodka que quedaba dentro de la copa y sacudió la cabeza con vehemencia antes de dejar el vaso sobre la barra con un ruido sordo.

—Ya has bebido suficiente —dijo Erika, intentando quitarle el vaso sin éxito, antes de que Lucia lo atrapara a tiempo y le enseñó los dientes a su amiga con un ademán victorioso.

—¡Otro más! ¡Raúl! Quiero otra copa. ¿Raúl?

El camarero se acercó a ese lado de la barra con una botella y la miró con los ojos entrecerrados un momento antes de girarse hacia Erika, quien se encogió de hombros con un movimiento de cabeza, y finalmente volvió a llenar su copa.

—Deberías dejarlo por esta noche, Lucia —aseguró Raúl alejando hábilmente la botella de la larga aunque algo torpe mano de Lucia tras el estado de embriaguez que le habían dejado las seis copas que había tomado desde que habían entrado al bar—. Llévala a casa —susurró a Erika, inclinando la cabeza hacia la otra chica—. ¿Ha pasado algo?

Erika hizo una mueca y miró a Lucia que había comenzado a rumiar algo mientras salpicaba la barra de gotitas del licor.

—Ha recibido una invitación de boda.

Raúl la miró con una expresión incrédula.

—¿Hablas en serio?

Erika sonrió sin humor.

—Sí.

—¿Y de quién es la invitación? ¿Un ex?

Erika volvió a sonreír y negó con la cabeza.

—Su hermana.

—Ajá —El camarero miró a Lucia y luego a Erika—. ¿Y se casa con el amor de su vida o algo así? ¿O tenía un amor obsesivo por su hermana?

Erika rió bajito y luego borró la sonrisa rápidamente cuando vio la mirada cetrina que le dirigió su amiga.

—No, no —aseguró, bebiendo un sorbito de su cerveza. Ella aún iba por la primera y dudaba que fuera a terminarla antes de salir del local—. Ni lo uno, ni lo otro. Pero cuando ha leído la invitación pensé que iba a darle un ataque o algo.

—La gente suele alegrarse por las bodas.

—Lucia no es alguien normal.

Raúl giró el cuello para mirar a Lucia. Había terminado por apoyar la cabeza sobre la barra y era difícil averiguar si estaba llorando o riendo.

¿Una mujer normal?

Él sabía bien que Lucia no era alguien normal. Hacia dos años que había tenido una relación con ella; una relación tal y como Lucia las entendía, que distaban bastante de ser lo que alguien normal entendería de relación. Para esa mujer, salir con alguien significaba una rutina sexual durante un tiempo

determinado y ese tiempo también lo marcaba ella. Al final su relación había terminado tal y como había empezado: dejando pasar el tiempo. Durante los dos meses que habían estado juntos, Lucia lo había tratado como un amigo, igual que siguió haciéndolo después e incluso en ese momento.

No había gritos, no había malas caras, no había ningún corazón roto y mucho menos reproches. Ella creaba la relación perfecta; pero nunca duraba.

Raúl estaba seguro de que Lucia debía haber tenido algún recuerdo doloroso en su pasado para negarse a amar de esa manera; alguna experiencia que no conseguía olvidar y que marcaba su corazón como una llama ardiente.

—¡Lucia! ¡Se acabo el alcohol por esta noche!

Raúl le quitó el vaso, arrancándoselo de la mano y miró a Erika para que tratara de levantarla y sacarla de allí.

—¡He dicho que no pienso ir!

Lucia lo agarró de la camisa del uniforme y puso su cara prácticamente pegada a la de él, con los ojos entrecerrados y tratando de enfocar lo correctamente.

—Ya, ya, Lucia. Eso está bien. Ahora ve a casa a dormir un poco.

Lucia comenzó a reír.

—¿Quieres deshacerte de mí? Tú... maldito... ¿te crees mejor que yo? —
Agachó la cabeza y la sostuvo en las manos que aún se agarraban a su camisa.

—Ya vale, Lucia —pidió Erika, tratando de soltarla.

—¡Se creé mejor que yo!

—Nadie se creé mejor que tú —aseguró Erika, ofreciéndole un apoyo para que pudieran salir del bar sin que ninguna de las dos terminara en el suelo.

—Sí, lo hace. Ese maldito engreído... ¡Sólo lo soporto por mi hermana! ¡Por Susan! No llega a estar ella y lo hubiera puesto en su lugar...

—De acuerdo, lo que tú digas.

Erika abrió la puerta con la pierna y giró un momento la cabeza para mirar a Raúl con una mueca de disculpa. El camarero asintió despacio, atendiendo a varios de sus clientes que habían tenido que esperar por culpa de la actitud de Lucia y, según imaginó Erika dada su experiencia en el mismo oficio, también se estaría disculpando por la escena.

—No quiero ir.

—Es tu hermana. No puedes hacerle eso.

Erika se acuclilló junto a su amiga mientras esperaban que llegara el taxi. Era la primera vez que veía a Lucia emborracharse de esa manera y había terminado mandando un mensaje a Matt para posponer la cita que tenían esa noche y no dejarla sola.

—¿Por qué no? —gruñó ella, dando una patada —o intentándolo—, a una lata de cerveza que había en el suelo, cerca de la entrada del bar—. Nadie le pidió que se casara.

—Deberías alegrarte por ella.

Lucia bufó.

—Yo me alegro por ella. ¡Mucho! —Volvió a bufar—. ¿Y quién se preocupa

por mí?

Erika dudó un momento; las palabras que Raúl había dicho dentro le habían hecho pensar algo y no creía tener valor para hacerle esa pregunta si su amiga se encontraba sobria.

—¿Estás enamorada del novio de tu hermana?

Para estar borracha, la mirada que le lanzó Lucia parecía estar a punto de asesinarla en cualquier momento. Erika sonrió a modo de disculpa. En realidad se conocían desde hacia años, trabajaban en el mismo local y se llevaban bastante bien, pero en realidad Erika no sabía nada de ella. Conocía la existencia de una hermana, pero de ahí a saber siquiera que tenía una relación como para estar planeando una boda...

—¿Te has vuelto loca? ¡Es el novio de mi hermana!

—Pero es un hombre.

Lucia hizo una mueca.

—No, gracias —Hizo una pausa con la cabeza gacha y luego la volvió a levantar con la mirada húmeda, vidriosa—. A él no lo odio tanto. Es hasta majo y parece ser un buen tipo. Supongo —añadió después de otra pausa—, para ser hombre, ya me entiendes.

—Claro.

Lucia y sus problemas con el sexo opuesto.

—Pero a quien no soporto es al otro...

La voz se endureció y hasta apretó los puños, pero perdió el equilibrio y

hubiera caído a un lado si Erika no la hubiera sostenido.

—¿Quién es el otro?

—Ese...

—Imaginé bien al creer que necesitarías ayuda.

Erika levantó la mirada sorprendida al ver a Matt de pie frente a ellas. Vestía de casual, algo que ella pocas veces había visto desde que habían comenzado a salir hacia ya tres meses, siendo el traje lo que habitualmente llevaba puesto y que realmente le sentaba extraordinariamente bien.

—Matt... —dijo suavemente, notando como se le iluminaba el rostro con una sonrisa.

Matt también la sonrió y se acercó un poco más hacia ellas, pero se detuvo cuando Erika alzó un brazo, deteniéndolo.

—No te acerques más —gruñó—. El que faltaba para completar la velada.

—Tan amable como siempre, Lucia —soltó Matt, sin borrar la sonrisa, pero adquiriendo cierta aspereza en la voz.

Lucia y Matt no se llevaban especialmente bien pero a Erika no le molestaba la relación que tenían esos dos. No se odiaban particularmente y suponía que el trato que se daban terminaría con algún tipo de amistad —aunque por ahora Erika había escuchado más cosas que prefería olvidar entre esos dos que alguna palabra de aliento—. Sus personalidades eran bastante similares y por lo general sólo chocaban ante el feminismo exagerado y sin sentido de Lucia y al poco común —y del que ella no creía llegar a aburrirse nunca—, romanticismo de

Matt al que Lucia despreciaba.

—He llamado a un taxi —explicó Erika, ignorando a Lucia que había comenzado a hablar sobre el poco sentido común que tenían las mujeres al enamorarse.

Como respuesta, las luces de un coche acercándose hizo que Lucia se quejara ruidosamente, tapándose los ojos con las manos.

—Hora de irse.

Matt le tendió una mano para ayudarla a levantar y Lucia, aunque al principio la apartó de un manotazo, terminó aceptándola, sosteniéndose entre los dos para caminar hasta el coche.

Erika la ayudó a entrar y cuando fue a hacerse un sitio para acompañarla, la empujó hacia atrás e hizo la mayor locura de su vida: sacudir la cabeza, algo de lo que se arrepintió al momento y se llevó una mano a la boca para contener las arcadas.

—¿Lucia?

Ella levantó una mano para callar a su amiga.

—Me iré sola; gracias por soportarme esta noche.

—¿Estarás bien? —se preocupó Erika.

Lucia levantó la mirada hacia la imponente figura de Matt, al lado de su amiga y le enseñó los dientes, algo que él respondió con una mueca y una sonrisilla de condescendencia.

—Mejor que con vosotros y vuestras vomitivas muestras de cariño.

—Lucia...

Erika ladeó la cabeza pero no pudo disimular el leve sonrojo que se le asomó a las mejillas.

—Sois tan empalagosos que me dan nauseas sólo de verlo.

—Creo que las ganas de vomitar se deben al alcohol, no a una sana muestra de cariño.

Matt se mostró inflexible al respecto y Lucia terminó llevándose las manos a la cabeza.

—¡Oh, vale! Por hoy lo que tú digas pero cállate. Comienza a dolerme la cabeza.

—¿Estás segura de que estarás bien?

—Sólo tengo que meter la llave en la cerradura, ¿no?

Hizo un movimiento con la mano y le indicó con los dientes apretados la dirección al taxista antes de que Erika cerrara la puerta del coche.

—¿Por qué ha bebido tanto hoy? —Escuchó preguntar a Matt mientras abrazaba a Erika por la cintura y la daba un empalagoso beso en los labios.

Lucia puso los ojos en blanco. ¿Y eso no daba asco?

—Tiene que ir a una boda.

El taxista arrancó y comenzó a dar la vuelta para alejarse del aparcamiento, algo que le ahorró conocer la respuesta que Matt le daba a Erika.

CAPITULO DOS

Odiaba las resacas.

Lucia se tomó el analgésico y bebió varios sorbos de agua antes de dejar el vaso en la fregadera y se sentó en el sofá, despacio, para no revolver el estómago más de lo que ya lo tenía y no hacer creer a su cabeza que acababa de subir a un tren en marcha.

Había sacado la invitación de Susan y la había dejado sobre la mesa de la cocina, algo que podía ver desde donde se encontraba sentada pero no le animaba a levantarse a recogerla. Y no sólo por el esfuerzo que suponía para su maltrecho cuerpo tras la borrachera de la noche anterior.

—De todos los hombres tenía que ser ese del que se enamorara.

Lucia suspiró y cerró los ojos un momento.

El problema no era Iván, el novio de Susan y su futuro cuñado. Iván era bastante aceptable, tanto como lo era Matt. A su manera, claro, pero a quien no toleraba de ninguna de las formas posibles era al hermano de Iván, aquel hombre frío y prepotente. Ella lo había notado nada más verlo, con sus palabras amables y sus gestos de engreído insoportable, alardeando de su cultura y sus modales capaces de fascinar a cualquiera. Sí, ella lo había notado; no había sido capaz de esconder ante ella la fugaz mueca de disgusto, la forma de moverse ante la incomodidad de las risas escandalosas de las dos hermanas...Ella lo había

notado. Y también había esperado que se entrometiera en la relación que Susan e Iván tenían, algo que o bien ella se había equivocado y él no había intervenido, o no lo había conseguido.

Lucia lo meditó un momento, hasta que el dolor punzante de la cabeza hizo que dejara de hacerlo.

—Total, el resultado es el mismo.

Se casaban.

Y ella estaba invitada a la boda.

—¿Por qué tengo que ser yo la madrina?

Lucia imaginaba que Susan le había preparado una encerrona para que no pudiera rechazar la invitación y no asistir a la boda con algún pretexto, añadiendo a la invitación una nota con un “te necesito a mi lado” “No puedo hacer esto sin ti”, dando justo en la diana, ahí donde Susan sabía que tocaba su fibra más sensible.

Pero él estaría también allí.

¿Podía faltar el hermano de Iván?

Lucia también pensó en eso. Un momento también. La cabeza seguía martilleándole por la zona de las sienes.

¿No tenía un trabajo importante? ¿Medico? ¿Científico? No se acordaba. Había decidido olvidar todo lo referente a ese hombre y su mirada helada que no había conseguido engañarla. Pero si él no iba a la boda...

El teléfono comenzó a sonar en ese momento y Lucia sintió como si

estuvieran dando campanadas en su cabeza. Se levantó tan bruscamente que se mareó un momento, se agarró a la pared un segundo y consiguió llegar hasta el bolso donde había dejado abandonado el teléfono móvil desde la noche anterior.

Era Susan.

—¿Qué ocurre? —gruñó, apretándose la cabeza con la mano que no sostenía el teléfono.

—¿Estás mala? Tienes una voz espantosa.

—Estoy estupendamente.

Lucia se estrujó con más fuerza la cabeza.

—¿Has recibido la invitación?

No se dio prisa en contestar.

—¿Te casas al final?

—Siempre me he querido casar, Lucia.

Lucia bufó.

—Para luego divorciarse. ¡Menuda pérdida de tiempo!

—Eso no se puede saber nunca.

—Siempre es así.

—Te equivocas, además, no he llamado para discutir —se apresuró a añadir Susan en cuanto escuchó el sonido al otro lado del auricular—. Quiero que seas mi madrina.

—Ya lo he leído. Venía todo escrito en la invitación. Es más, es bastante lamentable que haya tenido que enterarme de la boda de mi hermana por una

invitación.

—Es más fácil hacerte llegar algo de esa manera que intentar llamarte por teléfono. ¿Te acuerdas de lo que sucedió el año pasado cuando te invitamos a celebrar el cumpleaños de Iván?

Ahora tocaba el turno de sacar los trapos sucios.

—No vivimos en la misma ciudad, Susan, deberías tenerlo en cuenta. Y también trabajo.

—Sí, nunca he entendido por qué te fuiste tan lejos de casa.

¿Por qué quería que nadie intentara organizarle la vida?

Lucia adoraba a sus padres, pero desde que se había marchado de casa, hacia ya cinco años, a los veinte años, parecía que se llevaban mucho mejor. En ello residía la diferencia de ver a una hija tras meses de ausencia, que verla a diario. La ilusión no es la misma. Y Lucia nunca se quedaba el tiempo suficiente como para que comenzaran a acostumbrarse a ella otra vez.

—No voy a discutir ahora eso. —Era mejor evitar cuanto antes los reproches de Susan o pronto el dolor de cabeza se convertiría en algo mucho más serio. Lucia prefería evitar convertirse en la primera persona que acudía a urgencias por un agravamiento cómico de los efectos de una resaca.

—No estamos discutiendo —salió Susan rápidamente a la defensa.

—Por cierto, nena, creo que habéis cometido un error en la invitación.

—¿Un error?

De pronto, la voz de Susan parecía alarmada. Lucia suspiró o hizo algo

parecido, ya que el esfuerzo de suspirar era demasiado doloroso y se arrastró obligada hasta la mesa de la cocina y cogió la invitación repasándola por si había leído mal ella y acabara de darle el mayor disgusto de su vida a su hermana.

—Susan, sí, en mi invitación, la fecha de la boda marca este fin de semana, el sábado. Te has equivocado de año, ¿verdad?

Hubo un silencio al otro lado de la línea y Lucia se aseguró que no se hubiera cortado la comunicación.

—Te llamaba por eso —dijo finalmente, con la voz muy grave.

—No te preocupes, me doy por enterada y...

—La boda es este sábado. La fecha es correcta.

Lucia tardó unos segundos en comprender las palabras de su hermana, luego, tras hacer un intento de pegar un grito y tener que encogerse, agarrándose la cabeza con una mano para no soltar el teléfono, resopló con fuerza pero no subió el volumen de la voz.

—¿Te has vuelto loca? Pensaba que una boda tardaba meses en organizarse.

—Llevamos ocho meses preparándola, Lucia.

Imposible...

—Acabo de recibir la invitación, guapa —soltó con un altísimo nivel de sarcasmo.

—Sí, para que no tuvieras ninguna oportunidad de negarte a venir con la excusa del trabajo.

—Pues estoy...

—Ni se te ocurra —la cortó Susan en un tono tan alto que Lucia apartó el teléfono de la oreja—. Me he asegurado que la fecha fuera en los únicos quince días del año que te coges vacaciones, en junio, y no me digas que este año no estás de vacaciones estos días porque he llamado al bar para asegurarme y me han dicho que llevas cuatro días de vacaciones —Hizo una pausa para coger aire—. Te espero este jueves en Boston, quiero que luzcas un bonito vestido de fiesta para el día del ensayo y estés todo el día con una sonrisa y seas amable con todos. Recuerda que mamá y papá están muy emocionados, así que intenta que se sientan felices también por ti y recuerda que eres mi madrina y...

—Pensaba que era el novio quien escogía la madrina.

—Quería que fueras tú y a Iván no le ha importado. Deberías sentirte feliz de estar a mi lado el día de mi boda.

—Para ser más exactos estaré al lado del novio, no de ti —la cortó Lucia con un tono excesivamente acerado.

—Como sea, Lucia. Este jueves. Mamá ya ha preparado tu habitación.

—Que ilusión.

—Y la invitación es también para tu pareja. Siéntate libre de traer a tu novio contigo. Mamá y papá tienen muchas ganas de conocerlo.

¿Su novio?

—Ey, Susan, un momento.

—Tengo que colgar. No me falles, Lucia. Ese día no lo hagas.

—¡Eh!

—Te quiero.

—Espe...

Lucia apartó el teléfono de la cara y miró la pantalla con la mano temblando de la rabia.

¡Eso era genial!

Trató de marcar el número de Susan varias veces pero en todas las ocasiones le dio número apagado o fuera de cobertura. Furiosa, Lucia lo tiró sobre la mesa y se frotó despacio, sin presionar con fuerza y manteniendo un movimiento circular sobre las sienes la cabeza.

Le habían hecho una encerrona.

¿De qué servía irse de casa a varios kilómetros de distancia si al final la seguían manipulando de la misma manera?

—Estupendo. ¿Y ahora se supone que tengo que ir de compras?

Revisó el reloj y gimió al sentir unas nuevas punzadas en la cabeza.

CAPITULO TRES

Lucia había conducido durante cuatro horas para llegar a tiempo al hotel Garamoun donde su hermana e Iván celebrarían la fiesta tras la ceremonia y donde ese día comenzarían con las sesiones de ensayo junto alguno de los invitados y colaboradores.

Había llamado hacía menos de quince minutos a sus padres para decirles que iría directamente al hotel porque no llegaría a tiempo al ensayo si pasaba primero por casa. Sus intenciones eran quedarse en el hotel hasta el domingo, sin pasar por casa ni una sola vez y así ahorrarse los interrogatorios de su madre y las charlas madre – hija sobre la idea de su madre de que ya tenía edad de casarse y formar una familia. Estaba decidida a no darles un disgusto esos días y para ello tenía que evitarlos todo lo posible.

Además, aparte de a sus padres, tíos, primos, tíos abuelos y demás familia en donde parecía que la palabra intimidad o las de vida privada, no parecían existir en su diccionario, había otra persona a quien pensaba evitar como si se tratara del mismísimo demonio.

—Este salón está reservado, señora.

Lucia dejó la maleta a su lado y levantó la mirada para asesinar con la mirada —algo que hubiera deseado hacer de otra manera y no sólo con la mirada —, al hombre que sostenía un teléfono móvil en la mano y por el cual estaba

manteniendo una relajada conversación, mientras la examinaba con una ceja levantada, evidentemente molesto porque no se hubiera dado ya la vuelta y se hubiera ido.

—Es evidente que no va a ser mi día de suerte.

Puede que hubiera decidido olvidarse todo lo referente a aquel hombre, que hubiera rezado durante todo el camino hasta Boston para que él hubiera decidido no asistir a la ceremonia de Iván y Susan, pero era obvio que no iba a tener suerte en no verlo al menos. De todas las personas que podía haberse encontrado al llegar, ese hombre tenía que haber sido la primera en ver.

Y ciertamente, por mucho que hubiera olvidado lo demás, era imposible olvidar aquella cara. Y no sólo porque lo odiara, sino porque por mucho que le pesara reconocerlo, era condenadamente guapo.

Su pelo negro brillante, perfectamente peinado hacia atrás, su piel dorada, su notable barbilla, y su actitud arrogante y regia perfilada por una penetrante mirada color ambarina. Tampoco había que sacar demasiada imaginación para suponer el cuerpo que encontraría bajo esa apretada camisa blanca o los pantalones negros...

—¿Aún sigues aquí?

El hombre guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y se cruzó de brazos, mirándola fijamente, olvidando obsequiarla con su habitual y falsa sonrisa de cortesía.

Era evidente que él sí que se había olvidado de su aspecto.

No la reconocía y aunque eso no debería importarle, Lucia notó el pequeño aguijón de la decepción.

—Quítate de la puerta. Tengo que pasar.

El hombre entrecerró los ojos sin mover un solo músculo de la posición de portero de discoteca que había adquirido de pronto.

Lucia ladeó la cabeza.

¿Ese era su trabajo? ¿Portero de discoteca? Casi esbozó una sonrisa burlona pero no consiguió hacer florecer la alegría en su interior.

—No hemos solicitado los servicios de ningún...

La examinó de arriba abajo, como si tratara de adivinar por su forma de vestir, con unos tejanos algo desgastados y una chaqueta fina de lino rosa sobre una camiseta de color negro, a lo que podía estar dedicándose.

Lucia apretó los dientes. Se negaba a llamar a sus padres o su hermana para que resolvieran ese malentendido. De pronto se sentía muy humillada por ese impresentable y no pensaba ceder.

—¿Y quién eres tú? ¿El guarda de seguridad? Si es por la propina, tendrás que esperar a que decida si tus servicios son buenos o no. Por ahora no te la estás ganando.

Era increíble el brillo peligroso que podía adquirir aquella tonalidad en sus ojos.

—Tú... no puedes ser una invitada.

El modo despectivo con que dijo esas palabras tras echarle otro vistazo aún

más profundo de arriba abajo para volver a detenerse en su cara un momento y arrugar el ceño, no ayudó a las ganas asesinas que de pronto habían crecido dentro de Lucia.

Ella, furiosa, apretó los puños y dio un paso al frente, dispuesta a cualquier cosa, pero la puerta se abrió en aquel momento y para alivio —o frustración de Lucia—, su hermana se detuvo al verla parada en la puerta y, tras unos segundos que duró la sorpresa, se echó a sus brazos otro momento antes de apartarla y mirarla de arriba abajo también, aunque sin el mismo desprecio que el tipo que seguía de pie al lado de Susan.

—¿Por qué sigues así vestida? El ensayo empieza dentro de diez minutos.

Lucia respiró con fuerza y lanzó una furibunda mirada al hermano de Iván que la miró sin ninguna expresión, pero al menos ahorrándose la nada creíble sonrisa que le hubiera dedicado si se hubieran encontrado en otras circunstancias, tal y como había sucedido cuando se conocieron hacia dos años.

—He tenido que esperar aquí.

Susan parpadeó.

—¿Por qué?

—Tenía que convencer al portero que tenía la mayoría de edad para que me dejara pasar a la pista de baile —dijo con el tono más acerado que encontró en el fondo de su garganta.

Susan volvió a parpadear.

Era increíble lo bien que le sentaba aquel maquillaje entre tonos malvas y

ocres. Algo que resaltaba bien con su cabello chocolate y sus ojos esmeralda que había heredado de su madre, tan diferente a lo que ella había conseguido de su padre, con ese rostro alargado y poco femenino, su cuerpo casi sin curvas, delgado. Sí, así era ella, una chica sin encanto.

Aunque ese hecho lo compensaba su ingenio y su mal humor.

—¿Qué portero? —Susan miró inquisitiva al hermano de Iván que se encogió de hombros con una actitud inocente y una sonrisa radiante que sólo esbozó cuando su hermana se giró a mirarle. Lucia hizo una mueca, aunque ella no tuvo la misma rapidez para ocultarla y Susan la vio, haciendo un gesto de enfado y advertencia—. Como sea, tienes que vestirte ya.

—Buena idea. Iré a pedir una habitación y me vestiré enseguida.

Susan la miró horrorizada.

—¡No hay habitaciones libres!

Ahora fue su turno de mirarla horrorizada.

—¿Y dónde quieres que me vista?

Las dos miraron el reloj a la vez.

—Dios mío, Lucia, faltan nueve minutos.

Lucia pensó rápidamente en una alternativa, olvidándose de la idea de evitar a sus padres tal y como había decidido y comenzando a preocuparse seriamente del espectáculo que iba a dar como tuviera que entrar con el ensayo empezado o que tuvieran que atrasarlo por su culpa.

—Me cambiaré en el baño —dijo rápidamente, horrorizada ante la idea de

convertirse en el tema principal de su familia.

—¿En el baño? —gimoteó Susan cuando ella comenzó a abrir la maleta—.
¡Aidan! ¡Por favor, haz algo!

Lucia respiró con fuerza, deteniendo un momento sus manos del interior de la maleta.

Aidan.

Ese era el nombre del hombre a quien si antes había odiado, ahora deseaba estrujarle el cerebro contra la bonita puerta del salón.

Lucia encontró el vestido de color cereza que había comprado para ese día y lo sacó, levantándose triunfal y casi tropezando con Aidan que se había detenido a su espalda. El hombre la sostuvo por el brazo para impedir que cayera sobre él y Lucia se apresuró a enderezarse, recogiendo los pedazos de dignidad que se le habían caído en ese momento tan bochornoso y levantó la cabeza, negándose a sentirse intimidada por la abrumadora presencia de aquel hombre.

—Esta es la llave de mi habitación —dijo con una de sus falsas sonrisas, enseñándole una tarjeta—. Puedes cambiarte allí.

—¿Susan?

La puerta volvió a abrirse y Lucia notó como se le erizaba el vello al reconocer la voz de su madre. Susan, alarmada, corrió a interponerse entre la puerta y su madre.

—Ya voy, mamá —Echó la cabeza hacia atrás y los miró suplicantes—. Aidan, llévala tú a la habitación, que seguro que tarda en encontrarla y no

tenemos tiempo.

Lucia escuchó como Aidan suspiraba irritado pero como respuesta a la petición de su hermana, el hombre cogió la maleta y comenzó a caminar hacia los ascensores del fondo, justo cuando Susan impedía que su madre saliera y la obligaba a volver a entrar al salón.

—Puedo encontrar la habitación sola —gruñó acercándose a Aidan.

—¿No has oído a tu hermana? —preguntó el hombre olvidándose nuevamente de su sonrisa.

—Perfectamente.

—Entonces mantente callada.

Lucia inhaló con fuerza, entrando al ascensor a la misma vez que él y lo volvió a asesinar con la mirada, algo que podía haberse ahorrado ya que él, aparte de revisar el reloj y mirar el lento movimiento de los números del ascensor, ni siquiera reparó en ella.

Igual que si se hubiera olvidado que seguía a su lado. O se hubiera vuelto invisible.

—Es esta.

Aidan se detuvo frente al número ochenta y cuatro y pasó la llave, invitándola a entrar.

—No toques nada de mis cosas...

—Como si fuera a hacerlo.

Lucia entró a la habitación y estuvo a punto de cerrarle la puerta en las

narices, pero el pie que Aidan mantenía en la puerta se lo impidió, como si él hubiera esperado que ella fuera a hacer algo así en cualquier momento. Lo miró furiosa.

—Tienes seis minutos para vestirte... —la miró una vez más de arriba abajo y los dientes de Lucia comenzaron a rechinar—. Arreglarte, supongo —¿Qué demonios significaba eso? — y bajar al salón. Usa bien el tiempo que te queda.

Y apartó el pie tan bruscamente que Lucia estuvo a punto de caer sobre la puerta cerrada.

—Imbécil, estúpido engreído insoportable —gruñó, sin detenerse en decir las palabras en voz muy alta al lado de la puerta para que él las oyera. No tenía tiempo y tampoco quería provocar una guerra los días antes de la boda de su hermana. Ella también podía utilizar una falsa sonrisa. Aunque posiblemente tendría que ensayar un poco cómo se sonreía—. ¿Dónde está el vestido?

Lucia se vistió todo lo rápido que pudo, dejando las medias felizmente en la maleta y agradeció haber escogido un vestido que la tapara casi todas las piernas. Se puso los zapatos con un poco de tacón que no se había preocupado de averiguar si le estilizaban las piernas o no cuando los compró después de escoger el vestido. Tampoco tenía tiempo de recogerse el pelo. Se limitó a peinarlo un poco y pintarse los labios con el color que le había recomendado Erika tras enseñarle la ropa y desahogarse un poco tras hablar con su hermana y salió de la habitación, sin siquiera detenerse a esperar el ascensor. Se quitó los zapatos y echó a correr por las escaleras, ignorando a las personas que pasaron por su lado

y la miraron extrañados de que andara descalza, con el vestido de fiesta recogido sobre las rodillas y corriendo como una loca.

Cuando llegó a la puerta del salón, se puso los zapatos corriendo y tras pasarse las manos por el cabello y respirar con fuerza, abrió la puerta y se ganó la mirada desaprobatoria de más de la mitad de su familia.

—¿Dónde estabas? —la saludó su madre, impecable, con un traje de lentejuelas doradas que podía haber servido para el vestido de madrina del día de la boda.

—Vistiéndome, mamá.

—Date prisa. El ensayo comienza en un minuto.

Y sólo gracias a eso se libraba de que su madre siguiera sermoneándola. Caminó por el medio de las sillas improvisadas con toda la dignidad que pudo, agradeciendo que aún los invitados no hubieran dejado de hablar y aceptó la mano de Iván para ayudarla a subir al altar improvisado.

—Ya me ha dicho Susan lo que ha ocurrido.

—¿Sí?

—Estás muy guapa.

Lucia sonrió como respuesta. Iván estaba siendo amable, parte de la falsa cortesía propia de su familia, aunque agradecía en esos momentos estar junto a él y no junto al otro hijo de la familia Narron.

Mientras esperaban, varios minutos después de que ella hubiera llegado, a que Susan apareciera por la misma puerta por la que ella había entrado, Lucia se

dedicó a revisar los rostros de los invitados que más cerca quedaban del altar, sorprendiéndose a sí misma al descubrir que entre los rostros conocidos de sus primos, sus padres y tíos, estaba intentando encontrar los ojos claros de Aidan.

Por un momento, Lucia se quedó paralizada y buscó rápidamente una explicación coherente a ese hecho, pero el sonido del piano con la marcha nupcial, hizo que olvidara el tema completamente, centrándose en la puerta que se abría en ese momento y su hermana entraba con un bonito ramo de flores y una sonrisa radiante... del brazo de Aidan Narron.

Lucia sintió vértigo.

¡Aidan era el padrino!

CAPITULO CUATRO

El ensayo duró una hora y media y se hicieron tres repeticiones. Susan estaba bastante nerviosa y se equivocó dos veces, a lo que Iván respondió entre risas y palabras cariñosas. El niño, que Lucia no recordaba su nombre, y que era primo de Iván, encargado de llevar los anillos, los tiró por el suelo y la mayoría de los invitados salieron corriendo a buscarlos, decidiendo usar unos falsos mientras durara el ensayo. El niño se puso a llorar y Susan entró en pánico. Lucia se equivocó en una de las frases que Susan había escrito para ella y tuvo que repetirlo de nuevo, haciendo la nota mental de memorizarlo para el sábado. Iván tartamudeó en su momento de decir los votos y hubo risas generalizadas.

Aidan, por supuesto, fue perfecto en todo lo que hizo.

—Agotador —murmuró, apoyándose en la pared mientras esperaba a que todos fueran saliendo.

Tenían organizado un almuerzo para dentro de media hora en el mismo hotel y tras el ensayo de la ceremonia, todos parecían animados de desconectar un poco.

—Cuando me llamaste me dijiste que estabas llegando.

El reproche expreso en la voz de su madre hizo que Lucia se girara hacia ella con mala cara, ganándose una huraña expresión por parte de su madre.

—He estado conduciendo cuatro horas para venir hasta esta tontería,

deberías admirarme en vez de reprochármelo.

—Si hubieras venido ayer como te dije, esto no hubiera acabado así.

“Como te dije” Lucia odiaba esa frase que tanto usaba su madre.

—¿Así, cómo? Todo ha terminado bien y n he sido yo la que más se ha equivocado durante el ensayo.

La mujer resopló.

—Sé más considerada con tu hermana,

—Estoy en su boda pese a ser la única que se enteró cuatro días antes.

Su madre sonrió con displicencia y comenzó a enderezarle las pequeñas mangas del vestido y alisarle uno de los costados.

—Con un recogido hubieras estado más guapa.

—Era eso o llegar a tiempo.

—Si hubieras llegado ayer...

—Pero no lo hice...

—Porque no quisiste.

—Ya vale, mamá —las interrumpió Susan, dando saltitos a su lado—. ¿Qué te parece la boda?

—¿Bonita?

—¡Lucia!

—¿Qué?

Lucia puso los ojos en blanco, deseando desaparecer en cuanto sus tías comenzaron a unirse a la conversación.

—Por cierto, Lucia, ¿no ha venido tu novio?

Lucia parpadeó.

—¿Mi novio?

De alguna manera, ella imaginaba a qué venía ese interés por su novio, alguien que no existía. Una de las veces que había hablado con su madre por teléfono —que se había visto obligada a contestar tras varias llamadas de insistencia—, su madre le había estado dando una de sus tan frecuentes charlas sobre la manera que estaba dejando pasar su vida, la necesidad de formar una familia y hasta llegó a escuchar “estar pasándosele el arroz”, y tras un momento en el que su madre había guardado silencio para tomar aire, soltó la recurrente buena idea, de que estaba saliendo con un chico desde hacia meses... a lo que eso le llevaba, sacando cálculos, a una relación estable de más de un año.

—¿Aún no ha llegado?

—Seguro que tenía que trabajar.

Las voces comenzaron a resonar en su cabeza sin que ella consiguiera entender todo lo que decían a la vez.

—No he venido con...

—¡Lucia!

Lucia cerró los ojos con un amargo sabor de boca que de pronto le subió hasta la garganta y se giró sin terminar de responder al grupo de cotillas de su familia, haciendo una mueca mientras le enseñaba los dientes a Rosa, la odiosa amiga de Susan.

—¡Rosa!

—Pensaba que no conseguirías llegar y tendría que tomar tu lugar como la madrina de la boda.

—Que pena, ¿no?

Las dos se fulminaron con la mirada, sin borrar las muecas de la cara hasta que un chico se acercó a Rosa y le pasó el brazo por los hombros.

—Debes ser la hermana de Susan —dijo con un agradable acento extranjero.

Su cabello era de un tono trigo, muy corto y sus ojos de un castaño que adornaban una mirada pequeña y hasta cálida.

—Lucia —informó con tirantez, cansada de tener que volver a pasar por aquello tras haber dejado Boston años atrás.

—Soy Diego. He oído hablar mucho de ti.

—¿No me digas?

Lucia hizo una mueca a Rosa y miró tras ella, encontrándose con la mirada de Aidan fija en ellos. Por un momento se sorprendió de encontrarse con esa mirada y desvió la cabeza corriendo, notando un desagradable rubor en las mejillas.

Aidan giró un momento la cabeza de la hermana pequeña de Susan para atender a su madre que había dejado a su grupo de amistades para hacer el esfuerzo de acercarse a la oveja descarriada de la familia.

—Madre —dijo, inclinando la espalda para dejar un beso en las mejillas perfectamente empolvoreadas de la señora Narron.

—Deberías hablar con tu padre —dijo ella, sonriendo a una de las hermanas de su padre, con un ligero cabeceo entre las dos mujeres.

Aidan apartó un momento la atención de su madre, volviendo a clavar la mirada en Lucia, o más propiamente de la parte que sobresalía de la tela trasera del vestido que llevaba puesto. Era difícil no creer que aún nadie hubiera notado la pequeña etiqueta que cada vez se asomaba más y que terminaría haciendo gala en el maltrecho aspecto de la joven.

—¿Hablarás con tu padre? —insistió su madre, manteniendo la sonrisa con gran esfuerzo, parándose a hablar con una pareja. Su hija, una adorable muchacha de no más de veintidós años, había estado observándole con aquella intensa mirada oscura y una sonrisa provocadora muy propia de la edad que tenía.

Aidan la miró sin vacilar. Guapa, interesante, sugerente y ardiente. Eso era lo que prometía aquella sonrisa endiablada que no encajaba con su vestido malva, bastante discreto, ocultando sus sugerentes senos.

—Aidan, ¿conoces a los señores Richarson?

—Nos conocemos.

Aidan sonrió radiante, ofreciendo una mano a Harry Richarson, el socio magnate de su padre y después se llevó a los labios la mano de su esposa, un momento antes de que la mujer le presentara a la belleza que mantenían a su espalda, como si realmente esperaran que fuera tan dulce e inocente como ellos querían.

—Es un placer conocerlo, señor Narron —dijo ella, tendiéndole la mano a la espera que la besara tal y como había hecho con su madre.

Aidan era, sin duda, uno de los hombres más ricos que circulaban entre los nombres de las mujeres casaderas de la alta sociedad. Sin duda alguna, Irina Richarson había acudido a aquella estúpida boda más de clase baja gracias a la familia que había escogido su hermano, para conocerlo a él que por el interés de acudir a una fiesta de ese tipo.

Pero él no estaba interesado en el matrimonio. Tal vez no le importaría pasar alguna noche saboreando el cuerpo de Irina, pero de ahí a dar el paso que Iván estaba dando...

Con una sonrisa se llevó la mano de la joven a los labios, rozando la piel suave de una mano que jamás a sido usada para un trabajo fuera de una costura o un bordado y levantó la mirada un momento, clavándola en los ojos negros de la muchacha, arrancándole un sonrojo más propio de lo que debería ser la niña que esos padres esperaban de ella y la soltó, olvidándose completamente de ella antes de girar una vez más la cabeza hacia su derecha, preguntándose si ya alguien habría reparado en la etiqueta del vestido.

Lucia le estaba mirando.

Aidan enarcó una ceja y la joven hizo una mueca, apartando la cabeza con altanería. Aidan entrecerró los ojos.

Aquello mujer era irritante e insoportable.

Recordaba haberla conocido hacia dos años, cuando su hermano le había

presentado a Susan. En aquel momento la había considerado una niña, sin prestarle más de un vistazo, interpretando su cuerpo delgado y la falta de curvas como un sinónimo de niñez, pero tan sólo habían pasado dos años e Iván había mencionado en algún momento que la hermana de su novia tenía veinticinco años.

No era una niña precisamente; ni tampoco lo había sido en aquel entonces hacia dos años; pero su cuerpo seguía igual de delgado, provocándole una completa falta de interés en él.

Y no sólo era su cuerpo. También su cara.

Lucia no era guapa. Ni mucho menos se asemejaba a las mujeres que frecuentaba. Ni siquiera se parecía a su hermana, con una belleza simple. Lucia carecía de todo. Un rostro demasiado alargado, pelo descuidado, nariz un poco grande...

Tampoco había tenido mucho tiempo para arreglarse, pero Aidan dudaba que se pudiera arreglar mucho con una buena capa de maquillaje y un bonito peinado.

—Hemos oído que has venido con una de... tus mujeres —continuó su madre una vez se liberó de los Richarson.

—Zorras, madre; es así como las llamas.

—Por Dios, Aidan.

La mujer miró a su alrededor temiendo que les hubieran escuchado.

—Es mejor que nos dejemos de eufemismos. Pongamos el nombre correcto.

Y sí, he venido con una de ellas.

—¿Cómo has podido traer a una de tus amiguitas a a boda de tu hermano?

—Él dijo que podía traer a mi novia y es lo que he hecho.

—Sí, pero a una decente.

—En estos días es difícil diferenciar a una mujer decente de una de las conocidas zorras.

—¡Aidan!

—Pero supongo que con el tiempo lograré verle la diferencia.

—Es suficiente... ¡Violette! Gracias por asistir a la ceremonia.

—Siempre creí que Aidan se casaría primero.

—Dios no le oiga —Aidan sonrió a la mujer y se alejó un momento de su madre, recorriendo el salón cada vez más vacío hasta alcanzar la pared donde Lucia se había apoyado, posiblemente huyendo del torbellino de familiares que la estaban acosando hasta hacia un momento.

Desde que había llegado, aquella mujer simplemente destacaba. Y no por nada de lo que cualquier persona alardeara, sino porque carecía de modales, del sentido básico de etiqueta y moda y porque a diferencia de todas las mujeres, aquella tenía una manera de mirarlo que conseguía irritarlo.

—Parece aburrida, señorita Hidet.

Lucia levantó la cabeza y miró a Aidan sorprendida, luego entornó los ojos y le dedicó la peor de sus miradas.

Hacia un momento que lo había visto coquetear insufriblemente con una de

las invitadas; una chica increíblemente bonita de piel de porcelana y mirada oscura.

—Como esté o no, no es de tu incumbencia —soltó de mal humor, intentando alisar la arruga que su madre hasta había llegado a ensalivar para poner en su lugar.

—Ese no es el único problema de su vestido.

Lucia levantó la mirada, deteniendo el movimiento de su mano y se preguntó como reaccionaría aquel hombre de sonrisa perfecta en público si llegaba a golpearlo.

—No estoy interesada en tu opinión sobre mi vestido.

—Insisto.

—No lo haga.

—Me gustaría no tener que hacerlo, pero comienza a preocuparme lo que pueda suceder si ya no sólo apareces como una salvaje, sino que tu falta de delicadeza comienza a suponer un problema.

Lucia lo fulminó con la mirada y se puso todo lo derecha posible, bastante molesta que aquel hombre superara su estatura.

—Si tanto te molesta juntarte con la clase baja de la sociedad, ¿Por qué no te vas?

—Sigue siendo la boda de mi hermano.

—¡Qué considerado! Y dime —Lucia acercó su rostro, mordiéndose el labio un momento—, ¿has pensado que tu presencia pueda molestarme tanto como la

mía a ti?

—No lo he pensado —admitió él—, pero no lo descarto. Y ahora si me permite...

Lucia casi dio un brinco cuando sintió la mano de Aidan sobre su espalda, deslizándose los dedos por su cintura y rozando sus nalgas. El hombre se inclinó más hacia ella y Lucia contuvo la respiración hasta que notó un tirón en su espalda y Aidan le mostró con una sonrisa de suficiencia la etiqueta rosada del vestido.

Furiosa, la agarró, quitándosela bruscamente y se sonrojó de vergüenza.

—Tenga más cuidado la próxima vez —dijo él, con una media sonrisa en sus labios perfectos—. Algo tan pequeño e insignificante puede dar muchos problemas.

—¿Por qué no prueba a meterse en sus problemas? —gruñó tan furiosa; la mayor parte por la vergüenza que sentía en ese momento, incapaz de reconocer la manera que su cuerpo había reaccionado ante el breve contacto de aquel hombre—. Eres un engreído y bastante estúpido.

Aidan enarcó una ceja y guardó silencio un momento, observándola con el brillo helado en su mirada de ensueño.

—Esa falta de modales comienza a resultarme irritante.

—¿En serio? Pues a mí esa falsa cortesía me dan escalofríos. Tal vez deberías mostrar un poco más de tu verdadera personalidad y me darías un poco menos de asco.

Los dos se miraron furiosos.

—Comienzo a creer que necesita unos buenos azotes para corregir esa irritante manía —comenzó con aspereza—. Tal vez decida tumbarla en mis rodillas y darle una buena paliza con el cinturón de mi pantalón.

Automáticamente, Lucia bajó la mirada hacia la cintura del pantalón del traje del hombre. No llevaba ningún cinturón, pero no descartaba que en su equipaje no hubiera uno o dos de esos accesorios. Cuando levantó la mirada, los ojos de Aidan bailaban divertidos.

—¿Y por qué no hace la prueba? —soltó ella desafiante, apoyando todo el peso de su cuerpo en una pierna—. Parece divertido y tal vez hasta podría gustarme —. Aidan enarcó una ceja en silencio—. Y esa personalidad morbosa, parece más de su estilo.

Aidan borró completamente la sonrisa de su rostro, dándole una apariencia mucho más salvaje y agresiva y Lucia, pese a todo, reconoció que acentuaba más su atractivo.

—Tal vez no le gustase mi verdadera personalidad.

Lucia se cruzó de brazos.

—Es posible —aceptó, segura que nada que tuviera aquel hombre pudiera gustarle—. Pero ya te digo, que la hipócrita actitud de ahora, sí que no me gusta.

Posiblemente Aidan fue a decir algo, pero Lucia se sorprendió al ver a una elegante y extravagante mujer acercarse a ellos y detenerse al lado de Aidan ante la mirada de sorpresa y fascinación de la mayor parte de los invitados que

seguían en el salón. Lucia solo vio algunas miradas de desaprobación en las caras de algunas mujeres, aunque los murmullos se hicieron demasiado ruidosos.

—¿No habías dicho que llegarías mañana, Milla?

La voz de Aidan no mostró ninguna emoción, pero su brazo rodeó con familiaridad la cintura de aquella mujer.

—He podido venir antes.

Milla miró a Aidan un momento antes de desviar la mirada hacia ella, examinándola con una sonrisa y por la forma que volvió a su rostro y mantuvo la desagradable sonrisa de amabilidad que no encajaba con su figura de modelo de portada de revista para hombres, con posiblemente la mayor parte de su cuerpo operado y un vestido negro que tapaba lo justo que podía taparse sin que llegara a considerarse inapropiado, no pareció encontrar en ella nada que pudiera considerar rivalidad.

—¿Familiar? —se interesó finalmente, con un sugerente parpadeo, volviendo la cabeza hacia Aidan.

Sus ojos de un gris apagado, estaban perfectamente delineados con un lápiz negro y una sombra dorada cubría los párpados, recorriendo la piel con un suave iluminador. Sus labios de un rojo tan intenso, era lo más llamativo de ella, aunque Lucia dudaba que fueran sus labios lo que los hombres se fijaran si mostraba la mayor parte de sus generosos pechos de silicona.

—Hermana de la novia.

—Oh.

Volvió a examinarla con la misma actitud, aunque pareció haber perdido parte de la sonrisa y Lucia pasó los brazos, de mantenerlos cruzados en el pecho, a apoyar las manos en las caderas, permitiendo con una descarada mueca de diversión que los ojos de la chica hicieran un análisis de su cuerpo y empezara a comparar.

Si aquella mujer tenía intenciones de disminuirla o hacerla creer que era peor que ella, era mucho mejor que se buscara a otra; Lucia hacía tiempo que había dejado de importarle ese tipo de problemas; aunque intentó ignorar la pequeña y molesta punzada que sintió en la boca del estómago.

—Aidan.

Lucia suspiró irritada cuando vio a parte de su familia acercándose a ellos y levantó el cuello a través de Aidan y Milla para echar un vistazo a la puerta de salida, buscando una excusa para desaparecer cuanto antes.

—Soy Iván, el hermano de Aidan —se presentó el novio de Susan, manteniendo un impresionante autocontrol de sus acciones, mirando a Milla directamente a la cara y evitando bajarla al exagerado escote.

Lucia sonrió con desdén, apartando la cabeza mientras desconectaba y encontraba una abertura para escabullirse hacia la salida. Tal vez se encontraría más tranquila en la cafetería del hotel... Levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Aidan, igual de fría que siempre, y con una media sonrisa bastante cruel, dirigiéndola a ella. Lucia enarcó una ceja, sin dejarse intimidar y pensó en darle un infantil codazo al pasar por su lado, cuando una mano la detuvo y giró

el cuello para encontrarse con la cara de su madre.

—¿Qué? —preguntó a la defensiva.

—Aún no me has dicho si va a venir tu novio o no.

Lucia respiró con fuerza, furiosa y abochornada. De todos los temas sobre los que podía discutir con su madre, el tema de su novio no entraba dentro de sus preferencias en ese momento, teniendo que dar una vergonzosa explicación sobre su vida delante de los miembros más insoportables de su familia, Rosa, la insufrible amiga de Susan que encima estaba alardeando de novio extranjero y sobre todo del mezquino de Aidan que seguía manteniendo muy pegado a su cadera el cuerpo de la despampanante de su novia.

—Eso... —Lucia tragó con dificultad, tratando de enfocar sólo la cara de su madre delante de ella y olvidarse de todos los demás—. Era mejor dejar las cosas claras de una vez.

—¿Tienes novio? —Interrumpió Rosa con una risotada—. Susan siempre habló de ti como si no tuvieras mucho interés en los hombres. ¿No eres lesbiana? Tal vez vas a presentarnos a tu novia.

La cara de espanto de su madre debía suponer la mayor parte de las expresiones de su familia. Lucia puso los ojos en blanco, furiosa, y buscó a Susan entre los rostros silenciosos de los que habían hecho un corro a su alrededor, encontrándola cerca de Iván con la cara pálida y mirándola horrorizada. Cuando se encontró con su mirada, abrió los labios para decir algo; una disculpa tal y como Lucia suponía y apartó la cabeza antes de que su

hermana tuviera tiempo de hablar.

Aidan la volvía a mirar, con un brillo divertido en sus ojos y una mueca en sus perfectas facciones, recorriéndola con los ojos una vez más, tal vez haciéndose otra idea sobre ella.

Lucia sintió como le hervía la sangre y fulminó a Rosa con la mirada.

—Tranquila, Rosa —dijo con una voz tan suave y ácida que ni ella la reconoció—. Tendrás el gusto de conocer a mi novio.

CAPITULO CINCO

—¿Qué estás diciendo?

Lucia se paseó por la acera que rodeaba el hotel, pisando tan fuerte como si quisiera acabar con los pequeños tacones de sus zapatos nuevos.

—Necesito que vayas a hablar con Raul —dijo por tercera vez, deseando que Erika no volviera a preguntárselo una vez más—. He intentado llamarle pero no consigo que me responda al teléfono. Dile que necesito que venga a Boston, te mandaré luego la dirección por mensaje, y que se haga pasar por mi novio.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que no has entendido? —gruñó, apretando el teléfono en la mano con tanta fuerza que parecía que iba a partirse en cualquier momento.

—¿Por qué necesitas que se haga pasar por tu novio?

Lucia escuchó la voz de un hombre al otro lado de la línea y supuso que Matt estaba con Erika.

—Porque... —su voz sonó de mal humor y respiró hondo antes de seguir hablando, sentándose en las escaleras de una de las puertas laterales que usaban los miembros del personal—. ¿Te puedes creer que me han preguntado si soy lesbiana?

Hubo un silencio al otro lado de la línea y Lucia apretó con más fuerza el teléfono.

—¿En serio?

—¿Lo parezco? —preguntó bastante molesta—. Sé sincera.

—No es que parezcas lesbiana —dijo Erika tranquilamente, riéndose—.

Matt, ya vale, espera un poco.

—Si estás ocupada te llamo en otro momento —dijo con voz ronca y una mueca de disgusto.

—No, no, tranquila —se apresuró a decir su amiga—. Lo que decía, no pareces lesbiana, pero eres bastante diferente a cualquier otra chica que conozca.

—No te interesa el amor.

—No existe —la corrigió ella, tajante.

—¿Ves? A eso me refiero. No sueles preocuparte por que los hombres te vean guapa, como si no te interesara gustarle a ningún chico y...

—¿Y eso me convierte en lesbiana?

—No.

—Nunca debí venir a esta boda. Sabía que algo malo iba a pasar.

—No te agobies. Hablaré con Raul, ¿de acuerdo?

—Sí...

—¿Ha pasado algo más?

Lucia se puso a la defensiva.

—¿Algo más?

—Te noto algo... diferente.

La imagen de la sonrisa burlona de Aidan pasó por la mente de Lucia como

una punzada.

—Nada realmente —murmuró, estirando los pies y observó ausente sus delgados tobillos que sobresalían tras la tela del vestido—. Está también la persona más odiosa del mundo.

—¿Quién es?

—El hermano del novio de mi hermana.

Hubo un largo silencio al otro lado.

—¿No te llevas bien con él?

—No es que me lleve bien o no... es que no lo soporto.

—Pensaba que no soportabas a ningún hombre —soltó Erika con cierta burla.

Lucia sonrió, apartando un momento los pies para dejar pasar a una mujer que se acercaba por la acera.

—Él es diferente. Es un idiota, es insoportable y siempre tiene una insufrible sonrisa en los labios, como si todo le agradase mientras considera todo lo que le rodea inferior a él.

—¿No estás exagerando?

—Tengo ojo para estas cosas.

—Ya... —Erika no parecía muy convencida—. No te preocupes, yo me encargo de Raul, tú diviértete.

—Ya.

Lucia guardó el teléfono en el bolso y apoyó la nuca en la pared, cerrando los

ojos para descansar un poco. Corría un poco de aire frío y se frotó los brazos un momento, dándose calor.

—¿No sería mejor que entrara?

Lucia abrió los ojos de golpe y se enderezó, lanzándole una mirada de reproche a Aidan que se mantenía de pie bajo las escaleras, con las manos en los bolsillos del pantalón y la chaqueta abierta. La miraba sin sonreír, algo que no parecía dedicarle mucho a ella cuando no se encontraban rodeados de gente.

—¿Dónde está tu novia? —preguntó con sorna, sacudiéndose el vestido para ocupar el tiempo y aliviar los nervios, algo bastante incomprensible en ella.

Aidan entrecerró los ojos.

—¿Está interesada en ella? —preguntó burlón, asomando una sonrisa perversa—. ¿Debería sentirme celoso?

Los ojos de Lucia brillaron feroces, pero la rabia sólo duró un momento, el tiempo que tardó en levantarse y dejar caer despreocupadamente el vestido hacia abajo, ocultándole las piernas.

—Eso depende —dijo ella con suavidad, bajando los escalones hasta detenerse frente a él.

—¿Depende? —se interesó, levantando una ceja.

Lucia inclinó el cuello hasta detener su rostro a escasos centímetros del de él. Desde ahí podía percibir el suave aroma de su colonia y el olor a menta de su boca.

—No suelo ser producto de muchas preocupaciones —dijo sinceramente, sin

apartar la mirada de los ojos hipnóticos de Aidan—, pero si sientes la necesidad de estar celoso por mi culpa, debe ser que no eres lo suficientemente hombre como para satisfacer a una mujer. Tal vez yo sí pueda hacerlo ahí donde tú no sirves.

Y sonrió, disfrutando de la peligrosa transformación que sufrió la expresión calmada de Aidan.

—Con su permiso —soltó ella en actitud burlona, pasando de largo, sintiéndose lo suficientemente bien en ese momento como para ser capaz de enfrentarse una vez más a las alimañas de su familia.

—¡Eh!

Lucia no se detuvo, ignorándolo, pero tampoco esperó la manera violenta con la que Aidan la agarró del brazo y tiró de ella, empujándola hasta el callejón que daba acceso a la puerta de personal y la acorraló en la pared.

—¡Déjame! —gritó molesta y algo asustada.

Los brazos de Aidan parecían de acero en comparación a su cuerpo delgado. Trató de moverse pero Aidan limitó su espacio, pegándose a ella y la levantó la barbilla con una mano.

—Es muy insolente —Pese a que sus palabras carecían de emoción, sus ojos llameaban furiosos.

—¿Qué no te ha gustado? —escupió ella—. ¿Qué te digan lo inútil que deber ser en la cama? —Hizo una mueca—. ¡Lo siento! ¿Crees que es mi culpa tu incapacidad para satisfacer a una mujer? ¡Abre los ojos! Hay una diferencia en

lo bueno que te creas y lo bueno que realmente seas.

—No puedo discutirla eso —dijo él con la misma carencia de emoción en su voz, perdiendo el brillo de furia de su mirada hasta transformarla en una mirada cargada de crueldad y malicia. Lucia sintió un escalofrío e intentó liberarse, pero la mano de Aidan la agarró del pelo y tiró de él, levantándole la cabeza. Lucia gruñó de dolor—. Tal vez debería comprobarlo, experimentarlo, así podría darme una opinión sobre ello, ¿Qué le parece, señorita Hidet?

Lucia no respondió, apretando los dientes con fuerza para no volver a gritar pese al dolor que Aidan le estaba haciendo al tirarle del pelo.

—Lo tomaré como un sí.

Lucia abrió mucho los ojos cuando Aidan inclinó la cabeza hacia su rostro.

—Abre los labios.

Lucia lo fulminó con la mirada, furiosa, apretando con más fuerza los dientes.

—Ya veo. Vamos, no es tan diferente que cuando besas a una mujer.

Lucia respiró con fuerza cada vez más enfadada, pero no suavizó la presión de los dientes, negándose a caer en su juego, ni siquiera cuando Aidan apretó la presión de su mano sobre su cabello, prácticamente arrancándoselo de la cabeza y comenzó a sentir las lágrimas asomándose vergonzosamente en sus ojos.

—Es evidente que necesita una lección de buenos modales.

Lucia sintió impactada la mano de Aidan sobre su rostro, tratando de abrirla la boca introduciéndole un dedo entre los labios, apretándose más contra ella y

obligándole a sentir la forma de su sexo a través de las ropas, empujando una de sus rodillas entre sus piernas.

Las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas y Lucia abrió la boca, furiosa, intentando morder con la misma presión el dedo que Aidan introdujo completamente entre sus labios, pero el hombre lo apartó hábilmente, apretando con la mano sus mejillas, con fuerza, antes de hundir sus labios en su boca abierta, besándola con tanta ferocidad que Lucia olvidó por un momento el dolor que sentía en su cabeza.

Aidan no sólo besaba al punto de hacer perder la razón a alguien, sino que dominaba, succionaba, imponía su fuerza, su poder y demostraba una habilidad que hacía que todo el cuerpo de Lucia vibrara completamente, sintiéndose tan consciente del cuerpo que la abrazaba, de los brazos que la rodeaban que sintió como se mareaba, notando la fugaz locura de rodear la cintura de Aidan con sus manos y apretarle las nalgas con fuerza para sentir más profundamente el sexo del hombre entre sus piernas.

Aidan la liberó finalmente, apartando sus labios sólo un momento antes de mirarla con una expresión arrogante y peligrosa que oscurecía completamente la amabilidad que en algún momento había mostrado.

Lucia lo miró con los ojos muy abiertos, sintiendo la humedad en sus mejillas y la cabeza dolorida pese a que nada agarraba ya su cabello. Su pecho subía y bajaba con fuerza, con la respiración entrecortada, poniendo en orden sus pensamientos.

—¿Qué le parece si...?

Aidan se calló bruscamente al escuchar el sonido de llamada de su teléfono móvil y se separó de ella completamente, sacando el teléfono del bolsillo de la chaqueta y miró un momento antes de volverse hacia ella una vez más.

—Me temo que tendremos que dejar la lección para corregir su conducta para más tarde.

Lucia inhaló con fuerza, mirándolo furiosa, sintiéndose terriblemente humillada mientras Aidan se alejaba, llevándose el teléfono a la oreja.

—¿Qué ocurre Milla?

—¡Imbécil! —gritó, dejándose caer en las escaleras.

Aidan no se volvió, levantó la mano libre y se despidió de ella desinteresadamente.

CAPITULO SEIS

Aidan condujo a Milla hasta su habitación, escuchando a medias las protestas de la mujer sobre tener que compartir habitación.

Milla era una mujer muy estricta a lo que se refería compartir habitación, marcando un límite sobre la manera que tendrían sus encuentros sexuales. Nunca se desmaquillaba antes de acostarse, jamás se duchaba después de tener sexo, a menos que se encontraran en su casa en donde esperaba que él se hubiera marchado antes de que ella saliera de la ducha.

Aidan no había protestado y mucho menos había intentado comprobar cual era su aspecto libre de maquillaje y sesiones en el salón de belleza. No era tan desconsiderado y tampoco le interesaba. Milla era muy buena en la cama y no tenía ningún tipo de inhibiciones, siempre dispuesta a hacer cualquier cosa y probar cualquier experiencia sexual.

Eso era lo único que él había visto en ella.

Y lo que le gustaba de ella.

—¿Me estás escuchando?

—No hay más habitaciones, Milla.

—Podrías ir a dormir a casa de tus padres.

Aidan rió quedamente.

—Jamás.

Y daba por zanjado aquel tema. Milla pareció notar que aquel era un tema terminado porque puso mala cara y guardó silencio, manteniendo una siniestra expresión con la cara hacia un lado.

Aidan se detuvo en la entrada de la habitación del hotel, abrumado ante el desorden que una mujer y seis minutos habían sido capaces de provocar en un espacio tan reducido.

Enarcó una ceja y se acordó que Milla seguía a su lado cuando la mujer entró en la habitación sorbiendo ruidosamente por la nariz y se detuvo un momento a recoger la camiseta negra que Lucia había llevado antes de ponerse el vestido.

Se acercó a él con ella.

—¿Es de mujer?

Aidan se encogió de hombros.

—Diría que sí, aunque de bastante mal gusto.

Ella le tiró la camiseta y Aidan no trató de cogerla, dejando que cayera al suelo después de que golpeará su pecho.

—¿Has metido una mujer en tu cuarto?

—En realidad han entrado dos.

Milla abrió mucho los ojos y Aidan se preguntó si terminaría abriéndosele el exagerado maquillaje que rodeaba la piel de sus ojos.

—¿Cómo te atreves?

Aidan suspiró.

Odiaba esas escenas irracionales de celos.

—Atreviéndome, supongo.

—Eres...

—Suficiente, Milla —la interrumpió él, adentrándose en la habitación.

Milla se apartó rápidamente haciéndose a un lado.

—¿Y quiénes son ellas?

Aidan repasó el desorden de la habitación, enumerando cada cosa fuera de lugar y cuando terminó, levantó la mirada hacia la puerta entreabierta del cuarto de baño. Enarcó una ceja en silencio y decidió dejar esa inspección para más tarde, cuando Milla se hubiera calmado y pudiera tomarse su tiempo para irritarse.

Giró el cuello hacia la mujer.

—Una fue mi madre —dijo con una calma contenida a lo que Milla respondió con un paso hacia atrás.

—¿Tu madre?

—Sí, ¡Oh! Perdona mis modales, no he tenido la cortesía de presentártela. En cuanto bajemos hará esos honores, junto a mi padre si lo deseas también.

—Ah...

Milla retrocedió un poco más hasta terminar apoyando sus bonitos zapatos de cuero negro sobre la camiseta negra y de mal gusto de Lucia.

—¿Y quién es la otra? —gritó, sin la misma intensidad de antes.

Aidan bajó la mirada y señaló con la cabeza la maleta plateada y desgastada de Lucia que él había arrastrado hacia la habitación. Aún seguía medio abierta y

la mitad del contenido sobresalía por un lado u otro.

—La dueña de esa... de eso.

Milla siguió con los ojos la dirección de su mirada y permaneció contemplando la maleta unos instantes.

—¿Hasta ha traído sus cosas? —Hizo un gritito exasperante y Aidan ladeó la cabeza.

—Eso parece —dijo, sin mucho interés por desmentir la acusación marcada en la voz de la mujer—. Aunque sí que debió recogerlo todo después de cambiarse... una vez que yo me fui —añadió poniendo la pizca justa de pimienta a la discusión.

El rostro de Milla comenzó a adquirir un tono entre rosáceo y amarillento, algo que le sorprendió. Hasta ese momento, Aidan no había visto a una mujer con la capacidad de mostrar algún color en la piel tras tantas capas de maquillaje encima.

—¿Quién es? ¡Dímelo!

Aidan se encogió de hombros.

—La... chica con la que hablaba en el salón.

—¿La lesbiana?

Aidan no pudo evitar sonreír al recordar la expresión desencajada del rostro de Lucia después de haberla besado.

Ni siquiera había entrado en sus planes hacerlo, ni siquiera le atraía de esa manera esa mujer, más bien parecía el entretenimiento perfecto para esos días.

¿Qué le había llevado a besarla?

—¿Me estás escuchando?

Aidan miró fastidiado a Milla y lanzó un bufido, lamentando no haber ido a comer junto a los demás. Comenzaba a creer que las veladas con su excéntrica familia iba a ser mejor que pasar el tiempo con Milla. Era posible que su idea de traerla a la boda para molestar a su madre no hubiera sido tan buena idea como había creído al principio.

—Sí, y comienza a molestarme el tono que estás usando.

Milla respiró con fuerza, dando unos molestos golpecitos en el suelo con el tacón.

—¿Te has acostado con la lesbiana?

Aidan se aflojó el nudo de la corbata y revisó una vez más la habitación, comprobando en esta ocasión que todas sus cosas, al menos, seguían tal y como él las había dejado.

—No, sólo la he besado —dijo rudamente.

—¡Sí, claro! —gritó Milla, furiosa—. ¿Te gustó? ¿Lo hace mejor que yo?

—No, no, querida —Aidan se acercó a ella y le agarró la barbilla, besándola en la frente—. Hay muchas mujeres mejor que tú en la cama; no necesito a Lucia para saber eso.

Milla lo apartó con un manotazo, rozándole la mejilla con una de sus largas uñas. Aidan gruñó furioso, llevándose la mano a la cara y Milla retrocedió asustada. Después, lo señaló con el dedo, mostrando una uña roja y brillante.

—¿Crees que te vas a deshacer de mí tan fácilmente? Ni lo sueñes, bombón. Y mucho menos por una niña plana, con esa cara tan estúpida. ¡Por Dios! — Milla puso los ojos en blanco y comenzó a reír—. ¿Qué tiene de guapa esa mujer?

Aidan la miró en silencio, incomprensiblemente sintiendo una pequeña oleada de mal humor y el recuerdo del beso con Lucia volvió a su cabeza por un momento.

—Tienes razón —dijo con calma, callando a la mujer—. Lucia es fea — aceptó—. Pero no creo que tú te vieras diferente a ella con la cara recién lavada. Todas las mujeres en esta o todas las fiestas a las que hemos asistido, vienen maquilladas, arregladas, tras largas sesiones en centros de belleza, dosis de botox o cientos de fruslerías para embellecerse y llevar una máscara, muy lejos de ser su verdadera cara. Esa mujer —continuó Aidan, dándole la espalda y recogió los pantalones de Lucia del suelo, dejándolos sobre la maleta abierta, amontonándolos junto al resto de las cosas que sobresalían de ella—, se ha mostrado sin maquillaje, luciendo como único adorno un vestido bastante soso, sin un falso intento por rellenar un pecho que no existe, ni adornar esa pequeña espinilla que crecía en la parte derecha de su frente... Por eso era fácil saber que su piel es suave si la tocas y no te manchas al hacerlo y sus labios son calidos y un poco ásperos...

—¡Cállate!

—¿No eras tú la que has sacado este tema?

—No quiero seguir hablándolo.

—Algo razonable al fin.

Aidan se sentó sobre la cama y sacó el teléfono móvil.

—Por esta vez te perdonaré.

—¡Eres muy considerada, querida!

Aidan revisó los mensajes que había recibido durante el rápido almuerzo que había disfrutado con Milla y comprobó el estado de la bolsa y sus acciones.

—No me gusta que me engañes con alguien como esa mujer.

Aidan levantó la mirada de la pantalla del teléfono para mirar a Milla que seguía de pie junto a la puerta.

—¿Eso significa que si no es como “esa mujer” no importa?

—Todos tenemos nuestras aventuras.

Y ellos dos habían tenido muchas desde que habían comenzado a salir. Aidan admitía el hecho de que si seguía con ella era por sexo. ¿Y ella? ¿Por el dinero?

—Me alegra haber dejado clara nuestra relación al fin.

—Pero tienes que tener cuidado con quien te acuestas. Resulta humillante tener que mirar a la fulana después si es alguien como esa...

—Ya. Humillante.

—Pero por ti, estoy dispuesta a hacer como que no me he dado cuenta.

Aidan enarcó una ceja.

—No hagas ese esfuerzo por mí.

—Una mujer es capaz de cualquier cosa por amor.

Aidan reprimió las ganas de echarse a reír.

—Por amor, ¿eh?

¿En qué parte de su relación habían metido el amor?

—Por amor, bombón.

—¿Ahora lo llaman así?

—¿Perdón?

—Olvídalo.

Aidan sacudió la cabeza, divertido y volvió a prestar atención a los últimos movimientos de la bolsa. Al menos había algo bueno. Habían subido de precio las últimas acciones que había comprado.

—Bajaré a tomar algo.

—Diviértete.

—Igual luego me doy una vuelta y miro alguna tienda.

—Claro. No tengas prisa por volver.

—¿Puedo usar tu tarjeta?

Aidan sonrió, sin levantar la mirada.

—Adelante.

¿No lo había estado haciendo hasta ahora?

—Un beso, bombón.

Aidan no respondió. Escuchó como la puerta se cerraba y al fin la calma reinaba una vez más en la habitación.

Sí, había sido una mala idea traer a Milla a Boston, pero a menos que

estuviera dispuesto a meterla en un avión de vuelta junto a todas las rabietas que cogería Milla si lo hacía.

Aidan dejó el móvil a un lado y se tumbó en la cama, mirando el techo de la habitación.

¿Amor?

Y comenzó a reír.

CAPITULO SIETE

Primero fueron dos golpes suaves en la puerta.

Aidan los ignoró, como si no los hubiera oído y releyó el mensaje que Jemie le había enviado hacia un minuto. ¿Los johnnys en Boston? ¿Qué demonios hacía esa banda de traficantes en Boston?

—¡Venga ya! —musitó sintiendo la adrenalina en el cuerpo—. Dame una tregua. Estoy en una boda.

Después fueron una serie de repeticiones de dos golpes.

Aidan se incorporó y miró la puerta como si deseara asesinarla.

La serie de dos golpes se transformó en un aporreamiento incesante en la puerta.

¿Milla?

Aidan gruñó y se levantó, pasándose cansado los dedos por la cabeza. Se acercó a la puerta y esperó a que hicieran una pausa con los golpecitos en la puerta, tal vez con la esperanza de que se cansaran y se fueran, y cuando volvieron a comenzar, la abrió bruscamente, dejando un puño a medio camino de la puerta.

—Ah, usted.

No era Milla.

Y tampoco el grupo de los Jonnys, que a la primera opción, los hubiera

preferido.

—¿Cuál es el problema? —gruñó Lucia desde el otro lado, recuperando la mano levantada con un mohín irritado—. ¿He interrumpido algo?

La mujer ladeó la cabeza para mirar a través de su cuerpo y poder observar algo del interior de la habitación y luego volvió a mirarlo.

—Tranquila —dijo él con una sonrisa típica, haciendo que ella entrecerrara los ojos—. Nada que no puedan ver sus ojos inocentes.

Los ojos de Lucia, muy lejos de parecer inocentes, llamearon furiosos.

—No soy una niña —gruñó de mal humor, con una expresión que Aidan comenzó a creer que terminaría lanzándose sobre él en cualquier momento.

Aidan cruelmente hizo un repaso a lo largo de todo el cuerpo de la joven, deteniéndose en sus pequeños pechos que sobresalían débilmente en su vestido y recorrió la largura de sus piernas, preguntándose de pronto qué se sentiría al encontrarlas rodeándole la cintura.

Bufó con una sonrisa incrédula y levantó la mirada, sorprendiéndose de encontrar un ligero rubor en las mejillas de la joven que lo miraba enfadada con la mandíbula tensa.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó cruelmente.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y a ti qué te importa?

—Eh, eh, tranquila —soltó él, apoyándose en el marco de la puerta—. Es sólo para estar preparado luego de que termine de hacerle lo que dejamos a

medias antes si resulta que aún es menor de edad.

Lucia le incrustó un dedo en el medio del estómago, apretando con fuerza, negándose a responder a la provocación.

—No te hagas ilusiones —gruñó—. Sólo vengo a recoger mis cosas.

—Vaya —dijo él, levantando la mirada del dedo que ella había clavado en su estómago—. Una lástima. Pensaba que venía a explicarme cómo conseguir satisfacer a una mujer.

Lucia lo fulminó con la mirada y se negó a responderle en ese momento también.

No cedería, no cedería.

Había tardado todo el almuerzo en buscar las fuerzas para subir a esa habitación a por su maleta. Era de cobardes, lo sabía, pero había decidido huir a casa de sus padres que tratar de buscar una solución a su deseo de quedarse a dormir en el hotel y, aunque al principio había pensado en pedirle a Susan que le acompañase hasta allí a por la maleta, había decidido subir sola, segura de que ella podía enfrentarse sin ayuda a ese bastardo prepotente y caprichoso.

Ella no le temía a nadie.

—Está bien —aceptó Aidan de pronto, sobresaltándola cuando se hizo a un lado para dejarla pasar—. Ve a por la maleta.

Lucia miró el interior de la habitación y se mordió el labio, negándose a humillarse a pedir que él se la sacara.

Ella no le tenía miedo a nadie.

Dio un paso dentro con la cabeza alta y caminó hasta el interior de la habitación, dando un vuelco cuando escuchó la puerta cerrarse a su espalda.

Se giró sobresaltada.

—¿Qué...?

Aidan caminaba detrás de ella y se encogió de hombros, con una sonrisa burlona, cuando vio su reacción.

Lucia respiró con fuerza.

Ella no le tenía miedo...

¡Al infierno con la frase!

Ese hombre le ponía la piel de gallina.

Volvió a respirar hondo y se giró, alcanzando la maleta y tras meter a presión todo lo que estaba asomándose, la cerró y se levantó con ella en la mano.

—Eh.

Lucia dio otro respingo y miró a Aidan, justo a su lado, tan cerca que casi podían rozarse. Lucia retrocedió hasta chocar con el borde de la cama y soltó de la impresión la maleta, cayendo al suelo con un ruido estridente.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó en un hilo de voz, buscando con la mirada algo para golpearlo.

—No se olvide recoger el resto de la porquería.

Lucia miró a su alrededor, descubriendo la ropa que había dejado tirada por el suelo e hizo una mueca de disgusto, sintiéndose a parte iguales, aliviada y decepcionada. Hizo una mueca con la boca y se apartó un momento, dejando la

maleta en el suelo para ir a recoger la ropa, pero antes de dar un paso, Aidan la empujó, tirándola sobre la cama mientras se tumbaba encima de ella.

—¿Qué estás haciendo?

Lucia intentó moverse, empujando con las manos el cuerpo musculoso de Aidan, golpeándole el pecho, intentando incorporarse y alcanzarle la cara para arañarle.

—Deje de moverse; es como tener una mosca rondando por mi cabeza —rió él, inmovilizándole los brazos con una mano, sujetándoselos con facilidad sobre la cabeza de ella, apretándolos con fuerza en la cama.

—¿Eres tan cobarde como para tener que violar a una mujer?

Aidan se rió con ganas.

—¿No es una pena morir y no haberlo probado todo en la vida? Aún no he violado a nadie.

Aidan inclinó la espalda sobre ella, tirando de una de las manguitas del vestido para dejar su hombro desnudo y lo besó dulcemente, recorriendo con la lengua la piel hasta alcanzar su cuello y su barbilla.

Lucia se estremeció y cerró con fuerza los ojos, intentando mover las piernas o los brazos bajo la dolorosa presión del cuerpo de Aidan.

—¿Y por qué no escoges a otra para violarla? —gruñó en un hilo de voz, sintiéndose humillada y avergonzada por la propia reacción de su cuerpo, prácticamente suplicándole que la soltara.

Odiaba admitirlo, pero más que Aidan pudiera violarla, había descubierto

que lo que temía era que se perdiera en el irracional deseo que le provocaba aquel hombre. Era como si nublara toda su razón y él pudiera controlarla a su antojo. Eso la aterrorizaba.

—Porque las mujeres no suelen mostrar mucha resistencia cuando quiero tomarlas.

Lucia resopló. Podía imaginarse como se sentían esas mujeres y cada vez se odiaba más por eso.

—Suéltame, Aidan.

—¿Por qué no se abre voluntariamente de piernas y nos ahorramos el juego preliminar de pataleos y gritos innecesarios? —sugirió él mirándola a los ojos.

—Vete a la mierda.

Aidan deslizó la mano libre por uno de los muslos de la joven y se incorporó un poco, lo justo para que Lucia pudiera patalear, pero no escapar, agarrándole el tobillo desnudo y tiró de la pierna, sujetándola en su costado mientras la acomodaba entre sus piernas, levantándole cruelmente el vestido hasta la cintura.

—Hmm —murmuró, contemplando las bonitas bragas blancas de puntilla negra—. Es aquí a donde quería llegar.

El silencio de Lucia hizo que Aidan levantara la mirada una vez más hacia ella.

Lucia tenía una expresión aterrada y Aidan decidió que la broma había llegado demasiado lejos.

Suspiró y liberó la presión de la mano sobre sus muñecas.

Por un momento, Lucia no hizo nada, ni siquiera se movió y cuando Aidan decidió disculparse y levantarse, antes de que pudiera abrir la boca o arrastrase hacia atrás, Lucia lo golpeó con fuerza, incorporándose con violencia para arañarle la cara y golpearla con furia.

Aidan no intentó defenderse; dejó que ella se desahogara hasta que intentó agarrarle las manos otra vez para tratar de calmarla, reconociendo que se había sobrepasado bastante con la broma y Lucia comenzó a moverse, terminando rodando por la cama hasta que ella se sentó a horcajadas sobre sus piernas.

—¡Eres un degenerado!

Aidan no discutió.

Lucia había terminado sentada sobre él, con el vestido prácticamente levantado y las manos sobre su camisa a medio sacar por las vueltas que habían dado en la cama. Ella tenía el pelo revuelto y la cara sonrojada y por un momento Aidan reconoció que estaba bastante bonita con ese aspecto salvaje.

Los dos se miraron durante unos instantes, sintiendo las manos de Lucia sobre su pecho, las piernas paralizadas por las de ella y comenzó a deslizar lentamente las manos por sus huesudas piernas, acariciando su piel hasta alcanzar sus bragas y deslizó un dedo dentro de ellas, abriéndose camino a su sexo.

De improviso, Lucia le dio una bofetada, golpeándole con todas sus fuerzas la mejilla, y se levantó.

—Eres un bastardo asqueroso.

—Pensaba que quería ver mi verdadero yo —le recordó él, frotándose la mejilla dolorida mientras se inclinaba y se apoyaba de lado sobre la cama, observándola mientras ella recogía el resto de sus cosas, se metía un momento en el cuarto de baño y salía para recoger su maleta, meterlo todo dentro de ella como pudo y, tras lanzarle una furiosa mirada, levantó la cabeza y se marchó, cerrando la puerta con un portazo.

CAPITULO OCHO

Lucia esperó el ascensor con un tic nervioso, moviéndose de un lado a otro y echando rápidos vistazos a su espalda, asegurándose que Aidan no salía de la habitación.

No podía creérselo.

Lucia no podía creer lo que había pasado en la habitación.

Sabía, aunque le ponía furiosa solo el pensar sobre ello, que Aidan había estado jugando con ella desde el principio. Desde el primer momento que la había besado en las escaleras del personal.

Posiblemente ella había colaborado a crear esa situación. No pretendía evitar la parte de culpa que le tocaba, pero su carácter era ese y si alguien le molestaba no podía sacar toda la acidez que residía en su garganta.

Y por lo visto era una masoquista.

Eso era lo más doloroso de todo.

Lo más humillante.

Y lo que era imposible de creer.

Se detuvo de golpe en mitad del vestíbulo del hotel, obstaculizando el camino al resto de los clientes y sacudió la cabeza con vehemencia, tratando de olvidar el contacto del cuerpo de Aidan con el de ella.

Era imposible que su cuerpo mostrara ese anhelo por el de alguien como

Aidan... pero si lo reconocía, Lucia tenía que admitir que era la manera dominante y agresiva con la que ese hombre la trataba lo que hacia hervirle la sangre.

Una masoquista.

Lucia volvió a sacudir la cabeza.

—Necesito un trago.

Agarró la maleta y la arrastró en la dirección opuesta a la salida, en busca del bar.

Aunque iban a cenar la familia más cercana de los novios con ellos, estrechando una relación que posiblemente sólo los novios querían profundizar, aún quedaban varias horas para que ella tuviera que hacer acto de presencia a una nueva reunión de arpías.

Incluso esa noche tendría que pasarla en casa, soportando el ir y venir de su madre que no pararía de hablar, revoloteando a su alrededor y diciendo lo que era mejor, lo que debía hacer, como debía vestirse, como...

¡Genial! Se había olvidado de volver a llamar a Erika para preguntarle si había localizado a Raul.

No era el novio perfecto para presentar y que toda su familia y amigos indeseados murieran de la envidia y celos, pero si era eso o nada, prefería optar por un amigo que la conocía íntimamente, que no haría demasiadas preguntas y que trabajaba de barman en un tugurio durante la noche a tener que reconocer ante tanto espécimen suelto a la espera de saltar sobre ella a la menor

oportunidad, que no existía ese tal novio.

Y mucho menos después de haber reconocido frente a la mayoría que sí tenía uno y que encima, para mayor enredo en su ya bastante mareada cabecita repleta de problemas existenciales, que iba a ir a la boda.

—A ver como salgo de esta —murmuró, abriendo la puerta acristalada del bar.

Lucia arrastró la maleta al interior y la dejó a un lado, a la vista, mientras se acercaba a una de las esquinas de la barra y pedía una copa de vodka, algo fuerte para hacerle reaccionar tras lo sucedido y prepararse para llamar a Erika después.

La idea de desaparecer y dejar a su hermana sin madrina de boda era también una buena alternativa en el caso que Raul no pudiera viajar a Boston o Erika no lo encontrase. Al fin y al cabo, su mejor amiga, Rosa, ya había dejado claro que ella sería una mejor madrina.

Lucia bebió un sorbo del licor con amargura. ¿Desde cuándo existía una escuela para ser madrina de boda?

Puso los ojos en blanco y bebió otro trago, pasando su amargura número uno a pensar en su amargura número dos.

Aidan.

Lucia sintió un escalofrío y apuró el resto del licor, dejando el vaso sobre la barra y levantó la mano para llamar la atención del camarero, bajándola en el mismo instante.

No muy lejos de ella, en la barra también, Milla, la novia extravagante de

Aidan, la mujer de los grandes y operados pechos que la había mirado como si ella no fuera lo suficientemente mujer para competir con ella por Aidan, se encontraba sentada en uno de los taburetes de cuero marrón, con una copa de contenido turbio en una mano y la otra ocupada en el pantalón de un hombre de cabello rubio que se encontraba sentado a su lado.

Lucia enarcó una ceja y parpadeó, confusa.

Era obvio que hasta los hombres como Aidan tenían competencia. Y problemas tan mundanos como cualquier mortal normal y corrientucha como ella. Sólo que ella no creía en el amor y, al menos, esa escena podía ahorrársela.

El amor no existía. Y mucho menos duraba.

Lucia echó un nuevo vistazo al hombre al que Milla manoseaba y a quien no parecía importarle que mantuviera ese contacto tan íntimo con él. Era tan guapo como Aidan, aunque posiblemente más corpulento, mucho más musculoso y su cabello era de un rubio oscuro, retorciéndose en las puntas a medida que crecía y ocultaba su cuello. Desde allí y la poca claridad que había dentro, Lucia no conseguía distinguir el color de sus grandes ojos, pero sus facciones y modales eran exquisitos.

Al igual que los gorilas que se mantenían a poca distancia de él pero que Lucia no había podido no fijarse en ellos, segura de que iban con el hombre, siempre alertas al mínimo movimiento que hacía.

Lucia los observó unos instantes más y decidió pagar y marcharse, asqueada con la escena y recordándose una y otra vez que no era asunto suyo. Lo que

hiciera la novia de Aidan y con quien lo hiciera no era su problema.

Además, Aidan tampoco era un santo. Se merecía un poco de su medicina.

Lucia salió del bar con una mezcla de rabia, mal humor, celos y envidia; segura de que si los batía bien y con fuerza, podía crear una masa perfecta para que explotara en cualquier momento.

—¡Lucia! Pensaba que te habías ido.

Lucia cerró un momento los ojos y se detuvo, tardando aún más en girarse con una sonrisa que podía parecer cualquier cosa menos amable.

—Rosa —murmuró, sin intentar que su voz, al menos, sonara amable—. Aún no me he ido. Pero pensaba que la cena era sólo para la familia.

—Como eres —rió ella, mirándola con desdén—. Sabes que Susan y yo nos queremos como hermanas.

Pues por ella podía quedársela como única hermana y ella poder desaparecer sin remordimientos.

—¿Y qué hay de tu novio?

Lucia hizo una mueca.

—¿Qué pasa ahora con él?

—¿No iba a venir?

—¡Y yo qué sé! —inquirió irritada—. No controlo todo lo que hace, ¿vale?

Rosa la miró un momento y luego sonrió.

—Por supuesto...

—¿Y eso qué significa?

—Nada, sólo eso.

—¿Estáis aquí, chicas?

Lucia vio como Susan se acercaba a ellas con unos movimientos de bailarina de ballet e hizo otra mueca con disgusto.

Una tras otras. Todas se juntaban. Sólo faltaba que comenzara a aparecer su madre y el resto de la familia.

—¿De qué estáis hablando?

—De nada.

—Del novio de tu hermana.

—Es verdad —dijo Susan despacio, aún sintiéndose culpable por lo que Rosa había revelado sin querer—. Tengo muchas ganas de conocerlo.

—Ya somos dos.

—Tres.

Lucia giró el cuello con tanta violencia que escuchó un crujido en los huesos y miró la sonrisa falsa de Aidan a su espalda, acercándose hacia ellas.

Apartó la cabeza con una nueva mueca y respiró con fuerza. ¡Hasta su madre hubiera sido mejor que él!

—Ya casi estamos todos reunidos —Susan dio palmaditas de felicidad y Rosa la imitó. Lucia sacudió la cabeza irritada. Si de verdad la felicidad o la alegría era contagiosa, para ella no se estaba reservando nada—. ¿Por qué no nos vamos acercando al comedor?

—¿Otra vez? —se quejó, rompiendo la burbuja de felicidad de Susan que la

miró con el rostro ensombrecido—. Acabamos de comer casi, ¿para qué quieres que nos reunamos?

—Pensé que sería divertido que estuviéramos todos juntos.

—No lo pienses por mí. Estoy perfectamente sola.

—¿No está siendo un poco cruel con su hermana?

Lucia respiró con fuerza y miró a Aidan con los dientes apretados, entrecerrando los ojos y casi al borde de saltar que dejara de meterse en sus asuntos y diera un vistazo al bar, segura de que podría encontrar algo interesante dentro.

Pero se calló.

En realidad, Lucia sintió una punzada de lástima y algo más y apartó la cabeza, clavando la mirada en su hermana.

—Tengo que ir a dejar la maleta —se le ocurrió de pronto, buscando una excusa que la alejara de allí y dejara de ser vista como la mala de la película.

—Siempre puede volver a dejara en mi habitación —se ofreció Aidan demasiado amable.

Lucia se negro a mirarlo.

—¡Mira que bien, Lucia!

—Ni hablar —respondió con aspereza, ganándose otra expresión ensombrecida de su hermana.

—Sólo es una maleta —la recriminó Rosa, acariciando el brazo a Susan mientras la miraba mal.

Lucia la ignoró, aprovechando que las dos amigas estaban consolándose para lanzar una mirada de advertencia a Aidan que se relamió provocadoramente y Lucia se encogió, notando un hormigueo por todo el cuerpo.

Apartó la mirada rápidamente, balbuceando un insulto y se fijó en la figura que salía en ese momento del bar y que, al verlos, comenzó a caminar hacia el grupo, lanzándole una mirada de odio que descolocó completamente a Lucia. ¿Se había dado cuenta que ella había estado en el bar y la había visto con aquel hombre? Esa era una buena razón para irradiar semejante hostilidad hacia ella en ese momento, como si quisiera hundirla bajo la alfombra que cubría todo el suelo del vestíbulo.

Milla se acercó a ellos y se agarró exageradamente al brazo de Aidan, sonriéndoles.

—¿Qué hacéis todos aquí parados?

Y terminó mirándola a ella, entrecerrando los ojos.

Lucia le devolvió la mirada.

No iba a dejarse intimidar.

Si ella quería ocultar mejor a sus amantes, no debía liarse con ellos en el mismo hotel donde se hospedaba su novio y la mayor parte de familiares y algunos conocidos.

Ella se incluía en el lote de conocidos.

Si es que llegaban a ser tan siquiera eso: conocidos.

—Estamos planeando una reunión antes de la cena —dijo Rosa, lanzándole

una mirada de advertencia a ella para que se callara y los siguiera dócilmente a donde quiera que su hermana estuviera planeando la aburrida sesión de cotilleos antes de la cena con una nueva dosis de lo mismo.

Lucia señaló la maleta con una nueva sonrisa y mueca de “ya os lo he dicho”, dispuesta a salir corriendo si era necesario con tal de apartarse del roce que Aidan había provocado entre los dos.

—Tengo que ir a dejar la maleta.

Y puso los ojos en blanco.

—Déjala en mi habitación —dijo Susan rápidamente—. A Iván no le importará.

—No, no —insistió ella, respirando con fuerza cuando la mano de Aidan tocó disimuladamente la parte baja de sus nalgas. Contuvo el aliento y lo miró de refilón, fulminándolo con la mirada o pretendiendo que eso hiciera, pero Lucia se sorprendió de encontrar la mirada de Milla fija en ella, observándola con la misma rabia contenida de hacia sólo un momento.

Lucia parpadeó confusa y no se atrevió a bajar la mirada hacia la mano de Aidan quien sonreía con una mueca medio burlona, claramente dirigida a ella.

—Pero... —protestó Susan.

—Además —dijo ella toda suficiencia, agarrando el asa de la maleta y la arrastró, asegurándose de atropellar los pies de Aidan con ella—. Lo siento, lo siento —se disculpó con una radiante sonrisa, ignorando la mirada asesina que le dirigió Aidan tras apartarse—. Además —repitió, mirando a su hermana otra vez

—, tengo que hacer una llamada.

E irse al infierno si era necesario, pero cuanto más lejos de allí, mejor.

Se apartó del grupo, dejando a un lado la maleta y sacó el teléfono móvil, a la espera que Erika descolgara. Cuando al segundo intento no consiguió comunicarse con su amiga, buscó en la agenda el número de Raul y esperó a que él respondiera, prácticamente rezando mientras el sonido de llamada la pasaba al buzón de buzón.

—¿No hay suerte? —preguntó Rosa, acercándose a ella.

Lucia apartó el teléfono, poniendo mala cara.

—¿Suerte en qué?

Se había puesto a la defensiva de manera automática, pero en ese momento le dio igual. Si las cosas seguían de esa manera, pronto todos descubrirían la verdad... ¿Por qué era tan difícil reconocer, aceptar que se había mentido? Tal vez en otro lugar, con otra familia... Lucia echó un vistazo a Aidan, con el pelo negro algo húmedo y apartó la cabeza de mal humor.

Y sobre todo si no estuviera él.

—¿No estás llamando a tu novio?

—¿Y a ti qué te importa a quien esté llamando?

Lucia puso los ojos en blanco, exasperada y se alejó de Rosa, agarrando una vez más la maleta mientras se acercaba al grupo.

—¿Vas a cenar con nosotros? —decía Aidan a Milla con una disimulada nota de aspereza en la voz.

—Sí —respondió ella, sacando pecho y respirando profundamente, lanzándole otra mirada airada dedicada exclusivamente a ella—. Quiero conocer bien a toda tu familia.

Lucia bufó todo lo bajo que pudo, sin ganas de desenterrar el hacha de guerra. Los problemas de Aidan no eran su problema, aunque cada vez que miraba la manera pastelosa de agarrarse a él después de las manitas que había estado haciendo con el chico guapo del bar, le daban ganas de dar los cuatro pasos —puede que fueran seis—, que la separaban de ella, y arrancarle a la fuerza el brazo que mantenía sujeto al de su novio y después comenzar a golpearla.

Lucia parpadeó sorprendida.

¿Así que Milla era el tipo de chica capaz de sacar ese lado violento en uno? Lo pensó un segundo y se encogió de hombros.

¡No era asunto de ella! ¡No lo era!

Además, ella tenía sus propios problemas que solucionar. Apretó con fuerza el teléfono en la mano, sin levantar el brazo. ¿Dónde se habían metido Raul y Erika? Tal vez su amiga estaba buscando a Raul, o puede que lo hubiera encontrado, o... Daba igual. Erika tenía que haberle enviado un mensaje al menos diciéndole algo, tanto si era algo bueno y Raul estaba en camino o debía comenzar a idear una excusa o una vía de escape. ¿Por qué no tenía noticias de nadie?

—Estarás cansada por el viaje —continuó Aidan—. Es mejor que pidas algo

en la habitación y te acuestes temprano.

—No estoy cansada —aseguró Milla de forma caprichosa, haciendo un ridículo mohín frente a todos.

—Déjala que se quede —dijo Susan despacio, mirando a la mujer con ojo crítico, de esa manera que sólo otra mujer sabe mirar, sopesando cuanto riesgo supone tener una mujer así cerca de ella y su novio, donde las atenciones de su pareja pueden centrarse peligrosamente en la otra mujer—. Puede ser divertido.

—¿Divertido para quién? —preguntó Aidan olvidando por un momento la amabilidad de siempre, algo que corrigió al añadir—. Estoy preocupado por ella.

—No tienes que preocuparte por mí —dijo Milla con una sonrisa mientras le acariciaba la mejilla a Aidan.

Por un momento Lucia creyó que Aidan iba a apartarse, lanzando una peligrosa mirada a la mujer que hasta sorprendió a Milla, pero los ojos de Aidan se encontraron un momento con los de ella y se mantuvo firme, permitiendo el contacto de su novia mientras hablaba con Susan y la miraba a ella, tal vez a la espera que hiciera o dijera algo de lo ocurrido en la habitación.

No... Lucia se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

A Aidan le importaba poco que ella pudiera hablar de lo ocurrido en la habitación.

Eso, o no la creía capaz de hacerlo.

Bien, aceptó Lucia con rabia, no era capaz de hacerlo. Jamás acusaba o decía nada si eso la perjudicaba o la humillaba a ella. Aidan tenía razón. No abriría la

boca, pero si él volvía a burlarse de ella, no tendría tantos problemas en destripar los trapos sucios de su novia y romperle el corazón.

No había nada más agradable para ella que ver a un hombre arrogante y seguro de sí mismo como Aidan con el corazón roto y el orgullo por los suelos...

—Mamá.

Lucia cerró los ojos sintiéndose completamente decaída y dejó que su hermana pasara por su lado para acercarse a su madre antes de girarse y enfrentarse a la mujer sin tratar de sonreír y mostrarse agradable.

—Lucia, ¿has memorizado ya el discurso? Mientras esperamos podríamos hacer ensayos individuales...

—No me lo sé —la interrumpió rápidamente—. Mamá estoy cansada y realmente me encantaría dormir.

—Si en vez dedicarte a otras cosas, ese tiempo lo hubieras aprovechado para dormir...

Lucia giró el cuello para mirar a Milla.

—¿A qué...?

—Milla, sube ya a la habitación.

Aidan se apartó de la mujer, quitando el brazo de Milla de su cuerpo, prácticamente arrancándolo sin esfuerzo y lo soltó con una mirada airada. Su rostro había perdido completamente la sonrisa de la cara.

—Pero yo quería...

La mujer parecía suplicante y entre el grupo de mujeres entre los que se

encontraba Lucia se creó un incómodo silencio, mirando la escena con cierta congoja, impresionadas por el rápido cambio de actitud de la pareja.

Lucia entrecerró los ojos, mirando a Milla y pensando a qué se había referido al hablarla de esa manera. ¿Eso tenía algo que ver con la escena que había presenciado en el bar?

—No importa que se quede —intervino su madre, aliviando la tensión que se había creado de pronto. Dio un paso al frente y se acercó a Aidan y Milla, resoplando con una mirada reprobatoria ante el vestido de la mujer—. Hemos reservado para la cena un par de platos más por si se presenta el novio de Lucia o algún que otro imprevisto como éste.

—Es muy amable, señora —dijo rápidamente Milla, recobrando la seguridad.

—Una cena familiar no es lo tuyo, querida —aseguró Aidan con aspereza, permitiendo que le mujer volviera a agarrarlo.

—Es hora de que comience a serlo.

Y volvió a dedicarle a Lucia otra mirada de triunfo.

—Está chiflada —susurró, sacudiendo la cabeza mientras apartaba la asqueada mirada del lugar donde Aidan y ella volvían a unirse del brazo.

—¿Y bien?

Rosa la interceptó antes de que Lucia pudiera salir huyendo y Lucia dejó escapar un largo y amargo suspiro.

—¿Y bien qué?

—¿Vendrá tu misterioso novio?

—No lo sé.

—¿No dijiste que iba a venir? —preguntó su madre de pronto, acercándose presurosa a ella.

—Nunca dije que fuera a hacerlo hoy —Lucia arrastró las palabras despacio, abriendo los labios con esfuerzo—. Es un hombre ocupado —dijo, ocurriéndosele de pronto.

Rosa se cruzó de brazos y se echó a reír.

—¿En serio? Yo más bien diría que no existe ese novio.

Lucia sintió como se sonrojaba y buscó algo rápido para responder pero no se le ocurrió nada.

—¿De qué estás hablando Rosa? —gimió su madre, acercándose a ellas.

—Quien sabe —murmuró Lucia sin ser capaz de dar energía a su voz—. Siempre ha sido muy retorcida.

—Mejor entremos ya —intervino Susan, empujando a Rosa y su madre hacia al salón—. Milla, ven con nosotras también.

La mujer se resistió un momento a seguir las, pero Aidan le lanzó una mirada burlona, invitándola a que siguiera al resto de las mujeres y se integrara en la familia tal como ella había dicho que quería hacer. Milla hizo una mueca y Aidan terminó soltándose de su brazo y le dio empujoncitos para que se acercara a las demás.

Milla caminó erguida, con la espalda rígida y una sonrisa forzada.

Lucia suspiró. No le caía bien esa mujer, pero en ese momento sintió lástima por ella, compadeciéndola.

—¿Y realmente existe ese novio?

El aliento de Aidan le hizo coquillas en su nuca y giró la cabeza alarmada, enfrentándose al hombre con los dientes apretados.

—¡Mantente alejado de mí!

Aidan dejó escapar una risita queda y se adelantó, dejándola sola un momento mientras Susan le hacía señas con la mano para que entrara.

—¿Qué hago con la maleta? —protestó, arrastrando la maleta hacia el salón.

De pronto, Lucia sintió cómo un brazo la rodeaba por la cintura y alguien la besaba familiarmente en la mejilla, sorprendiéndola, al igual que sorprendió a los que seguían en la puerta; incluso Rosa, que abrió mucho los ojos con un brillo indignado.

—Siento haber llegado tan tarde, cielo.

Y Lucia no les reprochó las caras de asombro y envidia, incluso saboreó la impactada de Milla y la inexpresiva expresión de Aidan cuando se giró para observar a qué venía el alboroto de pronto.

La persona que la sujetaba y le quitaba la maleta de la mano podía no tener la misma aura de arrogancia y poder de Aidan, pero sí era igual de guapo, con un traje oscuro que parecía haber sido creado especialmente para que él lo vistiera.

Lucia giró la cabeza para mirar al novio de Erika que la observaba con una sonrisa complaciente.

Igual de odioso que siempre.

—Matt —susurró en un hilo de voz, temiendo que los problemas no hubieran
hecho más que empezar.

CAPITULO NUEVE

Lucia se frotó las sienes con fuerza, masajeándolas con movimientos circulares, de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha, repetidas veces y cada vez dando mayor presión.

—No estaba Raul —dijo por décima vez, esta vez sin usar el interrogante, más bien como si necesitara escuchar de sus propios labios la historia.

Después de haber hecho una rápida presentación de Matt a todos los repentinamente interesados, con una sonrisa que no consiguió que resultara natural y bastante mareada, arrastró a Matt hasta un rincón cerca de las escaleras de emergencias, dando una excusa sin mucha convicción que tenían asuntos de los que hablar.

—Privados —había añadido al ver el poco interés de los demás por alejarse —todos menos Aidan que se había marchado en silencio, seguido de Milla sin mostrar mucho interés por Matt—, con expresiones expectantes, a la espera de escuchar la conversación.

—Y Erika se ha enterado que se ha ido al pueblo a visitar a su familia —continuó, ignorando la nota de histeria de su voz.

—Eso es —aceptó Matt con una paciencia admirable después de haber repetido la historia, sin borrar la sonrisa, diez veces.

—Y tú estás aquí porque decidiste venir a echarme una mano.

—Exacto.

Era un resumen, pero lo decía todo y era lo máximo que su cerebro era capaz de asimilar sin sufrir recalentamiento. En realidad, Lucia creía que necesitaba un reinicio o un formateo cerebral urgente, pero se encontraba en una de esas situaciones en el que hacerlo provocaría una importante pérdida de datos que no podía permitirse.

—¿Por qué? —dijo finalmente, deteniendo el masaje de las sienes.

Matt se encogió de hombros.

—Porque pediste ayuda.

—No pedí tu ayuda.

—Pero hablaste con Erika.

Lucia hizo una mueca.

—Vale, comprendo el rollo ese de que cuando se sale con alguien los dos son uno, los problemas del otro son los problemas de otro, y esas cosas rarísimas, pero tú y yo no somos amigos.

—Si lo dices de esa manera suena fatal.

Lucia se cruzó de brazos, dando suaves golpecitos con el zapato en el suelo.

—En serio, Matt.

—¿Por qué te pones a la defensiva? Sólo he venido a ayudar.

—Sí, hasta ese punto lo he entendido, lo que no entiendo es el por qué.

—Porque Erika estaba preocupada, porque estuvimos dos horas en el bar donde trabaja tu amigo para averiguar algo de él, porque no me caes mal y

porque si te ves en esta situación es por esa forma errónea de pensar.

Lucia lo miró con los ojos entrecerrados.

—Matt no quiero un sermón o un consejo. Necesito un novio.

Matt abrió los brazos y se señaló.

—¿No doy el pego?

Más de lo que él creía.

Si Lucia hubiera sido tan normal como Susan o Erika, ella también se habría enamorado de cabeza de ese chico.

—Supongo que tendré que conformarme —dijo en cambio, ganándose una mirada de fingida agonía en los ojos de Matt.

—Daré mi mejor esfuerzo.

—Supongo que Erika estará de acuerdo, ¿verdad? —añadió, sacando el teléfono móvil para mandar un mensaje a su amiga. Lucia comenzaba a imaginar el por qué Erika no le había llamado para explicarle lo que estaba ocurriendo.

—No eres tan dura y mala como pretendes hacer creer, ¿eh? —rió Matt, apartándose rápidamente cuando Lucia intentó clavarle el codo en las costillas.

—Cállate.

Matt rió.

—¿Y quién es ese chico del que hablaste a Erika?

Lucia detuvo un momento el movimiento de sus dedos sobre el teclado del móvil y luego terminó de escribir el mensaje y lo envió antes de levantar la cabeza y mirar a Matt fijamente.

—¿No tienes que trabajar estos días?

Matt la miró también en silencio, captando rápidamente el motivo por que Lucia había cambiado de tema.

—Mañana es viernes. Y el fin de semana procuro no trabajar desde que estoy con Erika.

—Haces bien —musitó ella—. Ninguna relación puede ir bien si nos os veis.

—Estoy de acuerdo —Hizo una pausa—. ¿Y quién es él? —insistió, ganándose otra mirada de mal humor.

—No necesitas saber nada. Eres mi novio, compórtate como tal... finge que soy Erika, saldrá más natural.

Matt asintió despacio, moviendo el pelo al hacerlo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Sabrás comportarte?

Lucia bufó.

—No es como si nunca hubiera tenido novio.

—Por eso lo pregunto —soltó Matt tranquilamente—. ¿Sabes lo que es salir con alguien realmente?

Los dos se miraron fijamente.

—No te metas en mis asuntos.

—No lo hago, sólo quiero saber si serás capaz de interpretar el papel que quieres que finjamos.

Lucia se encogió de hombros.

—Es fácil —murmuró—. Cuanto más idiota parezca, más parecerá que estoy

enamorada.

Matt la miró sorprendido, luego sonrió disimuladamente y bajó la cabeza.

—Esto parece una locura.

—¿Acaso no tengo razón? —le desafió.

—Supongo que sí.

Lucia hizo una mueca de suficiencia.

—¿Ves?

—Dime algo, Lucia.

Matt dejó de sonreír.

—¿Alguna vez te has enamorado?

Lucia encajó mal la pregunta. La sangre comenzó a hervirle, como si fluyera a gran velocidad y a gran temperatura y una sucesión de recuerdos pasaron por su cabeza, unos tras otros, como un proyector de diapositivas.

—No —soltó de mal humor, negándose a recordar.

Matt no respondió y tampoco insistió.

—¡Oh! —Lucia se giró bruscamente. Susan los saludó con la mano y caminó despacio, acercándose a ellos con Rosa justo a su espalda, con una mueca y reticente a acercarse—. Estáis aquí.

—Sí —dijo Matt, dándole un empujón a ella para que cambiara la expresión de descontento y mal humor que siempre tenía plasmada en el rostro. Lucia sonrió inmediatamente y casi se hizo daño en la cara—. La hermana de Lucia, ¿verdad?

Susan se detuvo de golpe, con los ojos muy abiertos y perdió todo el color de la cara. Rosa también pareció escandalizada y Matt enarcó una ceja, posiblemente sin saber qué había ocurrido pero no borró la sonrisa, aunque sí pareció dudar un momento.

Lucia sonrió espléndida.

Era la primera vez en sus veinticinco años que la situación se había intercambiado, siendo Susan quien se había convertido en la hermana de ella y no al revés. Parecía que el impacto había sido completo e inmediato, siendo las dos muy conscientes de lo que habían significado las palabras de Matt, y más cuando había sido alguien como él quien las había dicho.

Lucia se puso a su lado, incapaz de borrar la sonrisa y estuvo tentada, sólo un momento, de coger su mano y añadir un poco más de fuego a la situación, pero aunque en ese momento y posiblemente para siempre —o lo que durara esa agradable sensación de victoria que le embriagaba en ese momento, al igual que lo conseguía el tacto de Aidan sobre su piel... ¿Por qué estaba pensando en él en ese momento? —, estaría agradecida con Matt, seguía siendo un hombre —de los que odiaba— y el novio de su amiga.

Una cosa era fingir que eran novios y la otra comenzar con las manitas y tratar de meterlo en su cama.

Había algunas cosas que se podían hacer y otras que no.

—Susan —soltó su hermana una vez se recuperó un poco de la sorpresa, en un hilo de voz mientras la miraba con el ceño fruncido—. Mi nombre es Susan.

—Susan de acuerdo —dijo Matt despacio.

—Edna os está buscando —continuó Rosa.

—Ah, sí —murmuró Susan, volviendo a esbozar una sonrisa—. Mamá quiere que nos juntemos todos en el comedor.

—Sólo son las seis —gruñó Lucia a la defensiva, sin muchas ganas por comenzar a fingir que Matt y ella estaban perdidamente enamorados.

No sólo no se le daba bien mentir, sino que su carácter no la convertía en una persona especialmente empalagosa o cariñosa.

—Por una vez, Lucia —pidió Susan con el mismo tono que empleaba su madre cuando quería conseguir algo sin comenzar a discutir—, ¿podrías hacer algo sin tener que protestar? Me voy a casar, me gustaría que todo fuera perfecto. Quiero que sea un día inolvidable.

Lucia se mordió la lengua para no responder. Si Susan había querido una boda perfecta, no tenía que haberla invitado a ella para empezar. O, al menos, no convertirla en la madrina.

—Vamos, cariño —dijo Matt, produciendole dentera—. ¿Qué importa reunirnos con tu familia una hora antes?

Lucia le enseñó los dientes en lo que pretendió ser una sonrisa y dejó que él la arrastrara por el vestíbulo, llevando con ella la maleta.

CAPITULO DIEZ

—¿Y a qué te dedicas, hijo?

Lucia estuvo a punto de escupir el trozo de gamba que se había metido en la boca y levantó la mirada del plato para clavarla en su padre, un hombre muy serio y con un carácter de mil demonios. El tiempo había hecho mella en su rostro, alargado y un poco puntiagudo, muy parecido al de ella y su cabello, o la falta de él señalizaba el trato duro de la vida.

—Soy abogado.

Rosa también levantó la mirada del plato y miró a Matt un momento antes de desviar la cabeza para mirarla a ella.

Lucia la sonrió, entrecerrando los ojos a la espera de que la mejor amiga de su hermana mostrara los afilados colmillos venenosos de serpiente.

—¿En un bufete?

—Sí. Trabajo como socio.

Su padre asintió con aprobación.

—¿Y qué tal los casos?

—Bueno, ya vale, ¿no? —intervino Lucia, dejando el tenedor sobre el plato con un ruido molesto.

—No me importa, Lucia —dijo Matt, haciendo un vistoso movimiento con la mano para dejarla sobre la de ella, encima de la mesa y dedicarla una de esas

miradas acarameladas que dedicaba a Erika, sólo que a ella con un brillo cómplice en sus grandes ojos.

Lo estaba disfrutando...

Lucia encogió los hombros y sonrió forzosamente como respuesta, desviando la cabeza y se encontró con los ojos ámbar de Aidan fijos en ella. Lucia se la sostuvo un momento, el tiempo que Milla tardó en enredar sus manos en el brazo de su novio y la hizo una mueca.

Lucia enarcó una ceja y puso los ojos en blanco, desviando también de ellos la mirada con un desagradable sentimiento de incomodidad.

—Algunos casos son difíciles de ganar —escuchó que decía Matt, aún atento al interrogatorio de su padre—, pero me gusta luchar hasta el final.

—Es lo importante, no rendirse —aceptó su padre.

—¿Derecho penal?

Lucia se sorprendió al escuchar la pregunta de Aidan y volvió a mirarlo. Aidan tenía la mirada fija en Matt y Lucia percibió el momento que Matt giró el cuello para mirarlo también.

Por un momento ninguno de los dos dijo nada y Lucia sintió un estremecimiento.

—Derecho penal —aceptó Matt finalmente.

—¿Le gusta rodearse de criminales?

Matt se encogió de hombros y miró a Lucia por el raballo del ojo. Había tensado los músculos del cuello y los hombros, irguiéndose exageradamente

mientras miraba nerviosa al hombre de apariencia peligrosa que parecía tener algún tipo especial por buscar algún punto en su contra.

—Es mi trabajo —respondió de una manera diplomática, sin aceptar el desafío del hombre, pero no pudo resistirse en apoyar una mano sobre los hombros de Lucia, manteniendo los ojos fijos en los del hombre que, pese a que le sostuvo sin vacilar la mirada, con unos ojos que parecían los de un felino, sí que notó el movimiento de su mano sobre el cuerpo de Lucia.

¿Oh?

—Por supuesto —dijo Aidan sin ninguna expresión, ni emoción en la voz.

Y esta vez sí que bajó los ojos hasta detenerlos por unos segundos en la mano que acariciaba los hombros de Lucia. Después volvió a levantar la mirada, clavándola en el rostro de Lucia antes de apartarla.

—¿Estáis viviendo juntos?

Matt miró a la madre de Lucia un momento. La mujer había usado un tono que dejaba claro su desagrado al respecto pero manteniendo una actitud como si no le importara.

—Ya vale, mamá.

Lucia apuñaló el bistec con el tenedor.

—Vivimos juntos —respondió Matt en su lugar.

Lucia le miró de reojo y él de devolvió la mirada.

—Ah —continuó Edna, ignorando las palabras de Lucia—. ¿Desde cuándo?

—He dicho que ya es suficiente.

—Sólo es una pregunta.

—Una tras otra —le corrigió ella enfadada, volviendo a apuñalar el filete.

—Desde hace cinco meses.

Lucia estuvo a punto de bufar pero se contuvo a tiempo.

—¿Contenta ya? —soltó a su madre.

—¿Y dónde vivís?

—¡Arg!

—En mi apartamento.

Hubo otro silencio.

—¿Y qué tal es?

—No, parece que no es suficiente —Lucia dejó sobre la mesa la copa de vino —la tercera copa de vino que había tragado durante la cena—. El piso es amplio, acogedor, de una sola habitación, un salón con sillones de cuero, cocina americana renovada hace un año, hay un par de tazones gemelos para el desayuno, con un corazón púrpura estampado cerca del asa, las ventanas están decoradas con estores blancos, las alfombras son un regalo de su tío, importadas de Arabia, el vestidor de la habitación...

Lucia comenzó a enumerar una tras otra todas las cosas que lo describían perfectamente, tanto su casa, haciendo un recorrido por ella dando hasta el mínimo detalle, incluso de sus gustos, la manera que tenía de atarse el nudo de la corbata, la presencia de las camisas, la talla, el modelo del teléfono móvil y la única letra de la agenda en la que no tenía ningún nombre de contacto, su marca

favorita de colonia, zapatos y hasta el aliño con el que le gusta la ensalada...

Matt la miró impresionado, bastante curioso por saber cómo sabía ella todos esos detalles que incluso algunos ni su madre conocía, era como si de pronto mirase a la cara a una mujer... no, a una loca obsesiva que había estado acosándole a escondidas todo ese tiempo.

—Supongo que os conocéis bien —rió Susan con una risa nerviosa, rompiendo el desagradable silencio que se había creado tras las últimas palabras de Lucia donde Matt, prudentemente, le había quitado la cuarta copa de vino que se había llenado torpemente—. Nosotros no nos conocemos tanto, ¿verdad?

Susan miró a su novio, quien según Matt tenía entendido era el hermano menor de Aidan, y con quien no guardaba mucho parecido físico y, por la actitud más relajada y menos peligrosa, supuso que tampoco debían coincidir demasiado en la personalidad.

—Supongo que cuando vivamos juntos nos conoceremos más —dijo Iván a la defensiva—. Ellos llevan unos meses viviendo juntos.

—¡Sí! —rió Lucia, tratando de recuperar la copa—. Y también comienzan los problemas.

Matt suspiró, devolviéndole la copa.

—¿Tenéis problemas? —preguntó la otra chica, Rosa, según Matt recordaba, esperanzada.

Matt comenzaba a imaginar por qué Lucia había necesitado inventarse un novio.

—Sí —dijo él, ganándose una sorpresiva mirada de parte de Lucia que derramó parte del vino sobre su vestido—. A Lucia le molesta que se me olvide cerrar la tapa de la pasta de dientes. Es muy quisquillosa con el tema.

Hubo unas risas generalizadas, a excepción de unos cuantos en los que Matt incluyó a Aidan que meneó la copa de vino antes de llevarla un segundo a la nariz y después a los labios, dando un sorbo antes de dejarla sobre la mesa.

—La pasta de dientes debe estar siempre tapada —respondió ella un poco tensa, pero mostrando un enojo real, posiblemente el que tenía las veinticuatro horas del día. Era imposible que Lucia no fuera buena en fingir enfado; no lo fingía.

—¿Y no tenéis pensado casaros?

Matt miró a Lucia que se había puesto blanca. Aunque no había probado mucho de la comida sí que había tomado bastante y Matt creyó que terminaría vomitando encima de la mesa.

—No hemos hablado sobre eso —murmuró sin darle mucha fuerza a la voz.

—¿No es un buen momento para hacerlo? —insistió Edna.

—Nunca es un buen momento para casarse —susurró Lucia mirando la copa medio vacía que había derramado sobre ella—. Ni para hablar sobre bodas, relaciones, novios y esas tonterías del amor —gruñó tan bajo que hasta a Matt le costó escucharla.

—Todo llegará a su debido tiempo —Trató Matt de suavizar la atmósfera.

—Sí, todo a su debido tiempo —rió Lucia, intentando llenar de nuevo la

copa.

—Creo que ya has bebido bastante.

Matt le quitó la botella y la dejó fuera de su alcance, impidiendo que volviera a levantarse a por ella. Lucia protestó, pero se mantuvo calmada y en silencio el resto de la cena, soltando algún bufido, hablando de manera incomprensible y en voz muy baja a lo que nadie prestó demasiada atención, pero Matt llegó a escuchar el nombre de Aidan y la palabra imposible.

CAPITULO ONCE

—Lo he pillado, ¿vale?

Lucia puso los ojos en blanco. Acababa de salir del cuarto de baño, de lavarse la cara varias veces, enjuagarse la boca para intentar disimular el vino que había tomado y despejarse y había terminado peinándose y hasta había sacado el paquete de cigarrillos que guardaba por si tenía una recaída en el bolso que había mantenido guardado hasta ese momento en la maleta. Miró el paquete, sacó uno de los cigarrillos y tras saborearlo entre los labios sin encender, suspiró quitándolo con los dedos y lo rompió, tirándolo dentro del retrete.

Su gran actuación durante la cena la había llevado a ridiculizarse un par de veces, a hacer que Matt la tratara como una niña esas mismas veces y había estropeado el bonito vestido comprado para la ocasión; pero, ¿no significaba eso, que sólo servían para esa ocasión? La pena era que no hubiera sido el vestido de madrina. A ese si que no le había visto ninguna utilidad más... en cambio ese... con una chaqueta de punto un día de primavera por la tarde...

En fin, ni el vestido ni la cena tenían remedio. No había marcha atrás.

—¿Seguro que no te importa no ir a casa de tus padres?

—No. En eso también me has salvado.

¡Y vaya que lo había hecho!

Matt se había servido como novio falso y encima le había buscado una

excusa para poder evitar pasar esos días en casa de sus padres una vez comprobó que el hotel estaba completo, con todas las habitaciones reservadas y que era su hogar de la infancia o dormir en la calle.

—He reservado dos habitaciones en el hotel... —Matt sacó unos folletos del bolsillo y le mostró la tarjeta pero Lucia no le prestó mucha atención—. Me pareció que la situación se tornaría bastante incómoda si llevábamos la farsa a casa de tus padres.

—Iba a complicarse —aceptó Lucia, aún sin prestarle mucha atención.

Aidan y Milla se encontraban en el vestíbulo. La mujer se aferraba juguetonamente a las mangas de la chaqueta de Aidan y parecía estar susurrándole algo. Lucia puso los ojos en blanco e hizo una mueca de disgusto.

Odiaba verlos juntos.

—¿Te gusta?

La pregunta de Matt la pilló por sorpresa pero tardó en apartar la mirada y fijarla en el rostro de Matt.

—Lo suficiente como para acostarme con él —soltó sinceramente, diciendo en voz alta lo que su cuerpo llevaba pidiendo desde que lo había visto en la puerta del salón reservado a la mañana, con su actitud de borde portero de discoteca.

Aidan tenía algo especial, algo que hacía que todo su cuerpo se preparara para ser tomado por él, necesitaba sentir el tacto de sus dedos, la calidez de su cuerpo, su aliento...

—Vale, no haré más preguntas.

—Mejor.

—Sobre eso.

Lucia enarcó una ceja y tras comprobar con disgusto que Aidan ya no se encontraba en el vestíbulo, le devolvió la mirada a Matt.

—¿Qué?

—¿Cómo sabías todo eso, lo de la cena, de mí?

Mierda...

—Eso...

Lucia sonrió tratando de evadir el tema.

—¿Cómo?

—Erika —explicó, sin muchas ganas de seguir con el tema—. Oye, es mejor que no intentes averiguar cómo son las conversaciones entre dos mujeres, ¿de acuerdo?

Matt enarcó una ceja pero no respondió.

—¿Nos vamos ya?

Lucia asintió con la cabeza.

—¿Te importa que vayamos en tu coche?

—No se me ocurriría montarme en el tuyo después de lo que has bebido.

—Un abogado muy legal.

—Aprecio mi vida.

—Que bonito. Voy al bar a por algo con gas —murmuró tocándose la cabeza

—. Espérame cerca de la puerta de atrás.

—¿La puerta de atrás?

Lucia puso los ojos en blanco.

—Mi familia —dijo—, seguro que aún están hablando en la puerta principal con los que se quedan a pasar la noche en el hotel. Prefiero no encontrarme con ellos. Hay una puerta del servicio o algo así por allí —Lucia señaló con la mano el solitario pasillo que había a la derecha de los servicios y Matt miró hacia esa dirección.

—De acuerdo. Te esperaré allí.

Lucia esperó a que Matt se alejara hacia la puerta principal para moverse hacia el bar. Sabía que su madre, o Rosa, incluso Susan lo entretendrían en la puerta y también sabía que Matt se las arreglaría para salir solo de esa situación.

Abrió la puerta y se acercó a la barra, casi chocando con un hombre que se cruzó en su camino hacia los taburetes cuando distinguió a Milla entre los rostros que ocupaban las mesas.

Y no estaba sola.

Junto a ella se encontraba el mismo atractivo hombre de hacía unas horas.

Lucia sacudió la cabeza, incrédula. ¿Dónde estaba el ciego de Aidan para no ver aquello?

—No es asunto mío.

Lucia llegó hasta la barra y se sentó, esperando sin mucha prisa a que el camarero pudiera acercarse a atenderla, dando distraídos golpecitos en la mesa

con el dedo e incapaz de no lanzar miraditas a la mesa donde Milla se inclinaba para besar al hombre.

Lucia bufó y apartó la cabeza, clavando la mirada en las botellas que había al fondo, al otro lado de la barra y en bonitas estanterías de cristal. Incluso desde allí podía ver el reflejo de la pareja, besándose.

—No es asunto mío —se recordó una vez más.

Pero siguió mirando la escena a través de los cristales, después puso los ojos en blanco, apretó los puños y se levantó, caminando airada hacía la mesa donde estaba Milla y su acompañante.

—Preferiría que no lo hiciera.

Lucia sintió como un brazo fuerte la empujaba hacia un lado y el inmenso cuerpo de Aidan la acorralaba detrás de una de las columnas del bar, fuera de la vista de la mesa en la que estaba Milla.

—¡Seguro que eso no es lo que parece! —dijo en una voz demasiado alta, señalando a medias el lugar donde tenía que encontrarse la mesa con Milla al otro lado de la columna.

Aidan enarcó una ceja, observándola divertido.

—¿En serio?

Lucia dejó escapar un gruñido. ¿Por qué estaba intentando buscar una excusa para la escena que acababan de presenciar? ¿De verdad pretendía aliviar el dolor que Aidan pudiera sentir al ver a su novia con otro? ¿Era idiota? ¿Se había vuelto loca?

—Ni idea —murmuró entre dientes, tratando de liberarse de la presión que la mano de Aidan ejercía sobre su muñeca.

Era frustrante la manera que tenía de acorralarle y sujetarla, como si ella tan sólo fuera una muñeca de papel, frágil, liviana, como si no tuviera ni peso ni fuerza.

—No, dime, ¿qué puede significar si no es lo evidente que un hombre y una mujer se estén besando?

La cargada ironía que se leía en su voz hizo que Lucia se pensara dos veces la idea de no querer que él sufriera. Pero no parecía muy dolido por haber pillado a su novia besándose con otro hombre.

Lucia enarcó una ceja.

—Dímelo tú —lo desafió.

—Sólo se me ocurre una forma —aseguró él, empujándola bruscamente contra la pared de madera irregular, clavándole la espalda con las láminas que sobresalían y pasó una mano por su cuello, muy suavemente, sin dejar de mirarla a los ojos mientras detenía los dedos en su nuca e inclinaba la cabeza sobre su rostro—. Y es ésta.

Y la besó.

No hubo ninguna resistencia por su parte, entregándose completamente al beso de Aidan, saboreando su feroz beso, atrapando y mezclando su lengua con la de él, enredando sus manos en su espalda, apretándolo con anhelo y urgencia contra su cuerpo.

Lo deseaba.

Lo deseaba tanto que Lucia estaba segura que había perdido completamente la cabeza.

Tenía que ser eso.

Por eso sentía esa rabia al verlo con Milla, la punzada de los celos cuando lo veía con ella, cuando lo había visto la primera vez agarrándose a ella y presentándola como su novia. Se había sentido miserable, empequeñecida y fea, incapaz de competir con alguien como ella. Y jamás nadie la había hecho sentir tan miserable, tan ridículamente enferma al punto de querer golpear a una mujer por herir a un hombre, por herir el amor que él le había entregado...

Aidan se apartó de ella con la misma rudeza, manteniendo sobre su cabeza la mano, estrechándola aún por la cintura y manteniendo los dos cuerpos unidos como si realmente quisiera fundirlos en uno.

—¿Qué excusa puedes encontrar en esto que no sea la que significa?

Lucia le devolvió la mirada, odiándose por la fuerte sacudida de su corazón, la forma tan acelerada con la que palpitaba.

—¿Y qué significa? —murmuró con voz ronca.

—El paso antes de que una pareja tenga sexo.

Lucia parpadeó confusa, notando como la sangre comenzaba a hervirle y giró un momento la cabeza hacia la columna donde seguía Milla y el atractivo hombre, deseando desviar la atención, pensar en otra cosa antes de que fuera ella quien le propusiera algo a Aidan que posiblemente sólo serviría para que él la

humillara y la rechazara.

—Pero entonces ellos... —murmuró, tratando de apartarse para salir del escondite.

Aidan la sujetó con firmeza, volviendo a golpear su espalda contra las láminas de madera. Lucia gruñó de dolor pero no hizo ningún comentario al respecto, lanzando lo que pretendió ser una mirada feroz a Aidan pero que imaginaba que debía estar mejor plasmado el deseo que sentía en ese momento por él.

—Déjalos —dijo él suavemente, acariciando su cadera y rozando sus nalgas con los dedos. Lucia se puso tensa—. Están exactamente donde quiero que estén.

Lucia frunció el ceño, intentando mantener la cordura y distraerse de la mano que masajeaba peligrosamente sus nalgas y que no le resultaba para nada algo desagradable. ¿Había comenzado a tutearla?

—¿Te has vuelto loco? —susurró—. Es tu novia.

La sonrisa de Aidan fue diabólica.

—¿No me digas?

—¿Qué...?

—Además —continuó él, mordisqueándole el labio despacio, un momento antes de inclinarse hasta su cuello y lamerle la oreja—, esta noche pensarás en esto mientras haces el amor con tu novio.

Lucia abrió mucho los ojos y no fue capaz de reaccionar antes de que Aidan se apartara completamente y se diera la vuelta, alejándose cuidadosamente hacia

la salida sin intervenir en el bonito espectáculo que estaba dando su novia en una de las mesas.

—¿Qué...?

Lucia bufó, recobrando la compostura y se apartó de la columna, dejándose de ver. Miró furiosa la puerta que se cerraba en ese momento y la contempló un poco más, calmando los latidos de su corazón antes de girar la cabeza hacia la mesa, sorprendiéndose de encontrar la mirada del hombre que estaba con Milla fija en ella.

Lucia se sobresaltó, incapaz de apartar la mirada de los ojos del hombre. Parecía sereno, incluso parecía estar pendiente de la conversación que mantenía con una juguetona Milla que enroscaba sus dedos por el brazo del hombre, caminando con ellos a lo largo de todo el antebrazo, pero su atención estaba únicamente en Lucia.

Ella no habría podido saber por qué lo sabía, pero era así.

Ese hombre tenía algo espeluznante, esa misma aura de poder y arrogancia que emanaba de Aidan, al igual que poseía esa misma mirada peligrosa, fría y dominante.

Lucia apartó rápidamente la mirada, sintiéndose perturbada y se alejó de la columna, yendo hacia la salida todo lo rápido que pudo sin llegar a correr, deteniéndose sólo cuando alcanzó el área de los servicios, apartándose un momento para dejar paso a una delicada mujer que salía en ese momento y se encerró en uno de los compartimentos, respirando con fuerza mientras se

calmaba.

—¿Qué demonios ha sido eso?

¿Desde cuándo se asustaba tanto?

—Arggg —gruñó, frotándose la cabeza con fuerza—. Esto es de locos.

Y le dio una patada a la puerta del baño, molesta, furiosa, de mal humor, negándose a creer en todo lo que había pasado en un solo día. Al final se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos suavemente, suspirando mucho más tranquila.

—Dormiré —dijo calmada, apartando las manos de la cara—, dormiré y mañana lo veré todo con otros ojos. El tipo con el que Milla le está poniendo los cuernos no será tan siniestro —que ese era otro punto para tocar. ¿Desde cuando los hombres tan irresistiblemente guapos como endemoniadamente odiosos se reunían a su alrededor de esa manera?—. Y por supuesto, Aidan dejará de parecerme tan irresistible y sensual.

Porque su problema era el cansancio. Eso y el alcohol del cuerpo. Cualquier cosa era preferible a lo que por un momento —fugaz, eso sí—, había pasado por su cabeza.

Un ruido al otro lado de la puerta del servicio donde se encontraba y unos pesados pasos, como los de un hombre hizo que sus sentidos se agudizaran y su atención quedara completamente centrada en la persona que había al otro lado.

Por una vez, Lucia se lamentó de encontrar el servicio de señoras completamente vacío.

Despacio, subió los pies hasta esconderlos de la abertura que había debajo de la puerta, apartándolos del agujero de unos cinco centímetros que separaba la puerta del suelo y esperó, casi conteniendo la respiración exageradamente.

Los pasos se acercaron y pasaron de largo, y una vez hubo llegado al final, Lucia dejó de escucharlos un momento, después volvieron a oírse, acercándose de nuevo y esta vez se detuvieron justo al otro lado de la puerta donde ella estaba.

Lucia apretó el bolso en su pecho, demasiado asustada de hacer ruido como para atreverse a buscar el teléfono dentro y se preparó para gritar si era necesario, haciendo un rápido repaso mental de la distancia que habría de allí al vestíbulo principal donde podrían oír sus gritos.

El resultado de su análisis no fue muy esperanzador, pero Lucia casi dejó escapar un suspiro cuando escuchó cómo las pisadas comenzaron su tortuoso lento avance, volviendo hacia la puerta; escuchó como se abría y esperó oír como se cerraba antes de volver a bajar los pies al suelo, despacio, y sacó el teléfono, manteniéndolo en la mano mientras se aventuraba, tras un par de minutos, a salir del compartimiento, comprobando con una ridícula sensación de pánico que el servicio estaba vacío.

CAPITULO DOCE

Lucia salió del baño de señoras a toda prisa. El pasillo estaba desierto, pero ella miró hacia un lado y luego al otro con un sentimiento de aprensión, aún con el teléfono fuertemente agarrado en la mano, preparada a usarlo si veía que se acercaba alguien sospechoso.

Pero sólo un hombre con el correcto uniforme que llevaban los empleados del hotel pasó hacia una de las puertas laterales del personal, echándola un rápido vistazo, tal vez porque debía tener alguna apariencia, o sospechosa o preocupante, pero Lucia no se detuvo a comprobar si terminaría preguntándole si se había perdido, comenzó a caminar disimuladamente hacia el vestíbulo y cuando imaginó que el hombre ya había desaparecido, se giró y comprobó que todo volvía a estar en silencio y solitario.

—Hora de ir a descansar —murmuró, comprobando que nadie más del personal pasaba y la encontraría andando por una de las áreas restringidas y comenzó a caminar hacia la puerta que Matt debía estar esperándola.

De vez en cuando Lucia giraba un momento la cabeza para mirar a su espalda y a medio camino de lo que ella suponía debía encontrarse la puerta que daba a la calle, se detuvo bruscamente y tras dos segundos en silencio, escuchando con atención el silencio y algunas voces apagadas que llegaba hasta allí desde algún lugar lejano, y los latidos de su propio corazón, Lucia volvió a

darse la vuelta, bruscamente, como si realmente esperase encontrar a alguien allí.

El pasillo seguía desierto.

—Vale, da igual —murmuró en un susurro como si no debiera levantar la voz.

Lucia sacudió la cabeza con fuerza y tras unos segundos de duda, respiró hondo y caminó rápidamente de vuelta a los servicios, sin detenerse en ellos y sólo cuando alcanzó el vestíbulo se detuvo un momento y respiró aliviada.

—Esto es de locos.

El vestíbulo estaba bastante vacío, pero Lucia suponía que era lo normal a esas horas. Echó un fugaz vistazo al bar cuando pasó al lado de la puerta acristalada y por un momento pensó en entrar y comprobar si Milla seguía allí con ese hombre. Si aún no había subido a la habitación significaba que Aidan estaba solo y tal vez aquella noche no...

Lucia sintió un escalofrío y se frotó los brazos con fuerza, agradeciendo poder disfrutar de la chaqueta de lana que llevaba en ese momento. ¿Qué le importaba a ella si Aidan y Milla hacían el amor esa noche? Si no era esa, sería mañana y si no era con Milla sería otra. Era evidente que a ese hombre no le faltarían las mujeres.

Y tampoco parecía ser alguien que estuviera mucho tiempo sin sexo.

Lucia volvió a sentir un retortijón de algo que no quería estudiar para averiguar qué era pero que se parecía peligrosamente a lo que debían ser los celos, y siguió hasta la puerta, decidida a dar toda la vuelta desde la calle para

buscar a Matt.

—¿De verdad?

La voz de Susan hizo que Lucia se detuviera de golpe.

—Sí, ¿no te has dado cuenta?

—La verdad, no.

Lucia decidió quedarse un momento escondida, escuchando la conversación que su hermana y Rosa estaban teniendo sin hacerse notar. De alguna manera sabía que estaban hablando de ella y aunque por lo general le daba igual que la gente murmurara a su espalda, en esta ocasión quería saber qué decían, tal vez para poder saber cómo debía actuar al día siguiente. Y más desde que Matt había hecho su aparición.

—Tienen problemas.

Lucia frunció el ceño.

—No sé —La voz de Susan no parecía convencida—. A mi él me pareció muy majo. Creo que Lucia ha tenido mucha suerte. ¡Y es muy guapo!

Hubo un momento de silencio.

—Es guapo —aceptó Rosa sonando un poco malhumorada—. No parece del tipo de tu hermana.

Lucia bufó y se tapó la boca con una mano.

—¿Por qué no?

Ahora fue Rosa quien bufó.

—Tú siempre decías que tu hermana no era una chica normal, que nunca

traía chicos a casa y que prefería los juegos de chicos a los de chicas.

—Pero nunca dije que fuera lesbiana —se defendió Susan—. Y lo que dijiste antes delante de todos... no voy a perdonártelo.

—Se me escapó. Fue sin querer —se defendió Rosa—. Ya sabes que tu hermana y yo nunca nos hemos podido llevar bien.

—Pero lo que dijiste...

—Ya me disculpé, ¿no? —Lucia no recordaba que lo hubiera hecho; al menos no con ella—. Además, apareció su novio o lo que sea y ya nadie recuerda lo que yo dije.

—Eso es verdad...

—Pero salta a la vista que esa relación no funciona.

—A mí me parece que son muy cariñosos.

—Es porque no te fijas.

Lucia agudizó el oído. Necesitaba saber qué es lo que estaban haciendo mal, esos detalles que Rosa parecía notar aunque los demás —y ella—, pasaban por alto.

—¿Qué es lo que has notado?

Lucia pegó la espalda con más fuerza en la pared y se aventuró a echar una miradita a la puerta de entrada, donde Susan y Rosa hablaban, apartadas del amplio grupo de familiares en donde se encontraba también su madre.

Apartó rápidamente la cabeza y suspiró. Iba a ser difícil salir por ahí sin que alguien no la detuviera.

—¿Por qué Lucia se ha emborrachado durante la cena?

Lucia dejó escapar un gemido. ¡No se había emborrachado! Sólo había bebido alguna copa de más si tenía que reconocerlo... pero había tenido motivos de sobra para emborracharse, aunque muy diferentes a los que Rosa suponía, pero iba bastante bien encaminada.

—Tampoco ha bebido tanto —murmuró Susan un poco sacando la cara por ella pero no con la suficiente convicción.

—Lo ha hecho.

—Vale, pero desde un principio, Lucia no quería venir a la boda.

—¿Y se pone así al lado de su novio?

—A mí me parecía que se llevaban muy bien.

—¿De parte de quién? A ella se la veía muy incómoda a su lado. ¿No lo notaste?

—La verdad... no.

—Y todo era muy forzado. ¿Desde cuándo un hombre es tan...adulador? Y la manera con la que le agarraba la mano. Es... demasiado tierno. Tiene que estar fingiendo.

Lucia sintió ganas de echarse a reír. ¿Fingiendo? Bueno, sí. Con ella, Matt estaba fingiendo que estaba enamorado, pero con Erika esas muestras de cariño eran pocas; era tan empalagoso que hasta a ella le salpicaba parte de su tontería.

—Pues a mí me gusta como es... me da un poco de envidia.

—¡Por favor!

Lucia se apartó un poco. Celos y envidia, sí, eso era lo que Rosa sentía en esos momentos y Lucia no podía evitar hincharse de placer. ¡Tantos años detestando a esa mujer, soportando sus vejaciones y ahora al fin, era Rosa quien sentía envidia de ella!

Era gratificante, sí, de alguna manera, aunque Lucia ignoró la pequeña quemazón de la cabeza que le recordaba que Rosa envidiaba a Matt y la cariñosa manera que tenía de comportarse, no lo que ella realmente tenía que era nada y a nadie.

Pensar en eso la entristeció y la hizo sentirse muy sola de pronto.

Lucia sacudió la cabeza con vehemencia.

Matt había servido para el papel que ella había querido y lo había hecho genial. Era evidente que Raul no hubiera conseguido ese resultado automático como Matt, que irradiaba ese algo natural que atraía a las personas.

Después de unos minutos en los que la conversación pasó a temas de la boda, Lucia volvió a echar un vistazo al otro lado de la pared, comprobando con amargura que su familia seguía en la puerta y por la manera que hablaban suponía que no tenían planeado moverse en poco tiempo.

Volvió a apoyarse en la pared y miró en dirección del bar, pero apartó rápidamente la idea. Matt le estaba esperando en el coche y llevaba bastante tiempo que se había marchado. Lucia hizo una mueca y desechó rápidamente la alternativa de pasar por la puerta y enfrentarse con una sonrisa a su familia. No tenía ganas; eso era todo.

Se deslizó por la pared y regresó a los servicios, mirando el largo pasillo de acceso con un poco de miedo.

—¡Venga ya! —murmuró.

¿Desde cuándo se había vuelto tan paranoica? Se asustaba de unas pisadas en el cuarto de baño... Era para reírse.

Aún así se aseguró de tener el teléfono móvil en la mano antes de comenzar a andar por el pasillo, mirando a un lado y otro para averiguar si aparecía algún miembro del personal del hotel.

Tampoco caminó despacio, buscando alguna excusa mental mientras escuchaba con atención a su alrededor.

Pisadas.

Lucia se detuvo bruscamente y se giró.

El pasillo estaba desierto.

—Esto es de locos...

Y era lo que parecía, se estaba volviendo loca.

Se dio la vuelta y siguió caminando, casi corriendo hasta que vio la puerta y suspiró aliviada, recuperando la compostura antes de abrirla y salir con una sonrisa improvisada en los labios.

Lo que menos quería Lucia en ese momento era que Matt anunciara a Erika en una de las muchas llamadas que se estarían haciendo, que su amiga se había vuelto loca o, al menos, que actuaba como una.

Pero no había rastro del coche de Matt.

En realidad no había rastro de ningún coche.

Lucia salió afuera y se apretó los brazos sobre el pecho, mirando a un lado y otro de la oscura calle.

Genial, había tenido que escoger el lugar menos transitado para hacer que la esperaran.

—Matt... —murmuró.

Desde que había conocido al novio de Erika, esa era la primera vez que tenía tantas ganas de verlo y que, por una vez, no aparecía en el momento más inoportuno.

Lucia echó un vistazo a su espalda, al iluminado pasillo del hotel. Si salía y cerraba la puerta ya no podría entrar por ella, ya que tenía un mecanismo para que sólo se pudiera abrir desde dentro.

Volvió a mirar la calle y sacudió la cabeza. Seguramente Matt la estaba esperando en algún lugar de la calle; incluso podía haberse equivocado de puerta. ¿Sabía ella cuántas puertas tenía ese hotel? Igual Matt la estaba esperando en alguna que hubiera un poco más abajo...

Lucia dejó escapar el aire con aprensión y dio un paso fuera, decidida a salir y buscarlo, pero una mano la sujetó por el hombro, con fuerza y le impidió dar ese paso.

—Muy gracioso, Matt —gruñó despacio, sintiendo un escalofrío mientras se giraba—, te estaba buscando.

Evidentemente, tal y como ella había esperado, Matt no la hubiera agarrado

de esa manera. Un hombre alto y fuerte, al que ya había visto en algún lugar y del que comenzaba a recordar de qué, la tapó la boca, enmudeciéndola antes de que pudiera reaccionar y la tiró sobre la pared, produciéndole un fuerte dolor en la espalda, incapaz de doblarse por la fuerza con la que el hombre la sostenía con la mano libre.

—Es suficiente, Arch. No tienes que hacerla daño.

Lucia desvió los ojos hacia su izquierda y se le encogió el estómago al reconocer al atractivo hombre con quien Milla había estado coqueteando en el bar durante todo el día. No desvió la mirada de él, ni de la manera que tenía de ponerse unos guantes negros de piel como si realmente los necesitara por el frío, pero supo quien era el hombre que la agarraba.

Como había supuesto la primera vez que había visto a Milla en el bar junto a ese hombre, los dos gorilas que los vigilaban con tanta atención un poco más alejados, eran realmente algún tipo de escolta del hombre.

Y hasta ahí sus deducciones eran correctas y normales, pero lo que Lucia seguía sin entender era qué pintaba ella en toda esa historia. Hasta donde su memoria llegaba, puede que no fuera la mujer más agradable del planeta, ni siquiera del país, pero no recordaba haber ofendido a alguien tanto y al punto de que contrataran a alguien para matarla o hacerla daño.

Y dudaba que hubiera sido una ofensa directa hacia ese hombre, ya que como con Aidan, era imposible olvidar una cara como aquella.

Lucia estaba segura.

Aquella era la primera vez que lo veía.

—Tengo que hacerte una pregunta y para eso necesito que mi amigo te suelte, ¿crees que si le pido que lo haga, serás buena y no gritarás? No me gustan los escándalos.

El hombre se detuvo al lado de su escolta y Lucia lo miró un momento con los ojos muy abiertos antes de asentir despacio con la cabeza.

—Buena chica —dijo, y posó una mano sobre el hombro de su amigo—. Suéltala.

El hombre tardó unos segundos en obedecer, liberando la mano que apretaba su cabeza contra la pared y Lucia se tambaleó un momento antes de recuperar el equilibrio y se limpió los labios con la manga, mirando furiosa al hombre que enarcó una ceja, con un brillo divertido en sus ojos.

—¿Ahora le gustan salvajes?

—¿Perdona?

Lucia soportó la manera en la que el hombre la examinó, inclinando levemente el cuello para mirarla completamente y cuando volvió a clavar la mirada en sus ojos, la sonrisa se había hecho más amplia.

—Puedo entender qué es lo que le gusta de ti.

Oh, oh.

Lucia sacudió la cabeza y hasta se atrevió a sonreír.

—Creo que hay algún tipo de error —aseguró, aunque sí que le gustaría saber en qué andaba metido Matt para que aquellos matones lo estuvieran

buscando. ¿Tal vez no era tan perfecto como parecía? Lucia podía ver ya el rostro consternado de Erika cuando descubriera lo que estaba sucediendo... — Estáis equivocados...

Lucia se calló de golpe y sopesó más calmada todas las posibilidades que habían en esa situación. ¿Y si perseguían a Matt por algún tema con algún juicio? ¿Y si pretendían matarlo porque había defendido a la persona que para ellos no debía? ¿Y si había metido en la cárcel a alguno de los amigos de aquellos matones?

Aún así...

Lucia comenzó a sudar.

—¿Dónde está?

Aún así ella no quería morir ni ser torturada.

—No lo sé.

Casi sintió como se desvanecía al escuchar sus propias palabras, aunque en realidad no sabía donde se encontraba. Debía haberle estado esperando fuera, si lo hubiera hecho ahora ella no se vería en esa situación.

El hombre suspiró irritado y se cruzó de brazos.

—Pensé que sería más fácil contigo —dijo con un tono afilado, demasiado frío y afilado—. En su habitación no está y yo todo este tiempo equivocado de mujer —Volvió a revisarla de arriba abajo—. Supongo que tampoco será un problema contigo.

Lucia frunció el ceño.

—Ya te he dicho que no sé donde está.

—Eso ya lo he oído, pero quiero escuchar algo más agradable para mí.

—Entonces tendrás que preguntar en otra parte.

El hombre entrecerró los ojos peligrosamente.

—No creo que tenga que preguntar en otro lado. Llámalo.

—¿Qué?

Eso se estaba complicando.

El hombre señaló con la cabeza el teléfono que ella aún agarraba en la mano.

—Dile que venga a buscarte aquí.

Lucia resopló.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque quiero que lo hagas.

—Pero yo no quiero hacerlo.

—Arch.

El hombretón, que se había apartado y se mantenía impasible mirando la escena, frente a ellos, se adelantó, dando un paso al frente. Lucia lo miró espantada.

—¡Espera! —gritó, mirando al hombre que sonreía complacido, haciendo una señal con la mano a Arch para que se detuviera.

—¿Y bien? ¿Lo llamarás para mí?

Mierda.

Tenía que pensar.

En realidad ella no tenía en su agenda de contactos el número de Matt pero se lo sabía de memoria gracias a Erika, pero, ¿de verdad iba a llamarlo y entregarlo a esa gente?

—Eso...

El hombre comenzó a impacientarse.

—No tengo toda la noche. Si no quieres colaborar, haré que colabores a la fuerza.

—No tengo su teléfono —dijo ella apresuradamente, diciendo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿No tienes... —el hombre hizo una mueca, incrédulo—, su teléfono?

Se llevó una mano exageradamente a la cara, luego comenzó a reír y se peinó el cabello, ocultando un momento su rostro antes de dar un golpe en la pared, justo al lado de la cara de ella.

Lucia abrió mucho los ojos, impresionada al ver el rostro del hombre justo en su rostro, sintiendo su aliento, la calidez de su cuerpo y, sobre todo, la mirada peligrosa en sus ojos fija en ella. Se estremeció.

—Él tiene algo que es mío; llevo meses persiguiéndolo... ¿crees que me voy a creer que su novia no tiene su teléfono? ¿Me tomas por idiota?

—Ella no miente —dijo la inconfundible voz de Aidan acercándose por el pasillo. Tenía las manos en los bolsillos y se movía lentamente, con la gracia de un felino. Lucia lo miró aliviada, sólo un momento antes de que la sonrisa del hombre se hiciera mucho más amplia y mucho más cruel—. Y no es mi novia.

—Aidan, al fin te encuentro.

—Sean, ha pasado mucho tiempo.

Aidan se detuvo y los dos hombres se miraron desafiantes, con un brillo de diversión que rallaba en lo enfermizo.

Lucia se agarró a la pared, cada vez más confusa y mareada.

¿Exactamente qué era lo que estaba pasando?

CAPITULO TRECE

—Por una vez en tu vida, cállate.

Lucia fulminó a Aidan con la mirada.

—Estoy en esta situación por tu culpa —le recordó, echando un vistazo a los gorilas que caminaban detrás de ellos, asegurándose que no escaparían.

—He intentado hacerles entender que no hay ninguna posibilidad de que tú pudieras ser mi novio —dijo él con tranquilidad, con una excesiva nota burlona en la voz.

Esa era otra. Lucia bufó.

Aidan no estaba preocupado; es más, pese a la situación en la que se encontraban, se había mostrado muy tranquilo, tratando con una familiaridad ridícula a Sean, quien con la misma fría cordialidad, les había pedido que le acompañasen mientras sus hombres les rodeaban para que no pudieran escapar.

—¿A dónde nos llevan? —murmuró otra vez.

Les habían sacado del hotel, los habían conducido hacia unos coches, habían conducido durante un par de horas y después, tras detener el coche en el aparcamiento de un edificio, los conducían por un largo pasillo hasta unos ascensores que pasaban de la planta décima y aún no se habían detenido.

Aidan se encogió de hombros.

—A Sean le gustan las alturas —dijo, y luego la miró sonriendo—, es más

efectivo si tira a alguien por la ventana.

Lucia lo fulminó con la mirada y Aidan rió quedamente.

—Eres un psicópata.

—¿Yo?

Aidan siguió riendo cuando las puertas se abrieron en la planta décimo quinta y volvieron a guiarlos por un gran pasillo iluminado por luces blancas en el techo, hasta unas puertas de madera oscura que se abrieron automáticamente según llegaron hasta ellas y una bonita mujer tan escurrida como ella, pero con mejores y más llamativas curvas les indicó con una mano que entraran y les siguieran, conduciéndoles por un espacioso vestíbulo de apariencia cuidado y bastante vacío hasta un salón mucho más enorme, con alfombras oscuras, sillones rodeando un gran mueble con un televisor que ocupaba toda la pared y dos enormes cristalerías a la espalda de una gran pecera multicolor.

Lucia enarcó una ceja, miró a Aidan inquisitiva y se pegó a él cuando el hombre comenzó a caminar hacia el indeseado anfitrión que los esperaba sentado sobre uno de los sillones principales.

—Podíamos haber viajado todos en el mismo coche —sugirió Aidan como si fuera aquella una situación normal y el comentario no estuviera fuera de lugar—. El numerito de la escolta podíamos habérselo ahorrado los dos.

—¡Oh, vamos, Aidan! —rió Sean con el mismo tono que Aidan usaba—. Los dos sabemos lo que hubiera ocurrido si no hubiera tomado esas precauciones.

Y desvió la cabeza hacia ellos, con una sonrisa helada en los labios.

Lucia sintió un escalofrío y se pegó al costado de Aidan. El hombre desvió un momento la mirada de Sean para lanzarle una divertida mirada.

Lucia hizo una mueca y le clavó un dedo en las costillas. Aidan sonrió más ampliamente, sin hacer mucho caso al dedo que le había incrustado. Lucia apartó la mano a punto de tener un berrinche. ¿Ella era la única que se preocupaba por lo que estaba ocurriendo?

—¿No estás exagerando las cosas?

Aidan volvió a mirar a Sean y los dos hombres se asesinaron visualmente por unos instantes.

—Quiero la pieza, Aidan.

Lucia miró a Sean un momento, el justo que tardó en ponerse en pie y luego desvió la cabeza hacia la imponente figura de mirada congelada que tenía a su derecha.

—Ese tema comienza a ser aburrido, ¿por qué no buscamos otro?

—¿Una capa?

Sean ignoró el comentario mordaz de Aidan y se acercó al pequeño bar circular que había en una esquina del salón y sacó unas copas; después se volvió hacia ellos con ellas en la mano, levantándolas.

—Prefiero no hacerlo —soltó Aidan con rudeza.

Sean se encogió de hombros.

—¿Y tú...? —Sean la miró a ella, haciendo un gesto con las copas.

—Me llamo Lucia —soltó ella con más rudeza de la que había pretendido, dando un paso al frente—. Y me vendrá bien —aceptó—. No todos los días me secuestran y esas cosas.

—Siempre es un honor ser la primera vez en algo.

Lucia hizo una mueca, enseñando los dientes y Sean cogió una de las botellas.

—Ella tampoco tomará nada —intervino Aidan deteniendo su avance agarrándola por el brazo y la empujó hacia atrás, manteniéndola a su lado.

—¿Qué haces? —gruñó Lucia, mirándolo enfadada.

—Veo que sigues teniendo el mismo problema con el poder y el tema de dominar, ¿eh, Aidan?

—Pensaba que ese era tu problema, no el mío.

—Mentiría si negara que no me gusta bastante ese tema. El control me apasiona, al igual que ser dominante, pero nunca he creído que estuvieras muy alejado de mis gustos.

—¿En serio? —Aidan bufó—. No tengo ningún interés en el control, al menos que éste se encuentre dentro de mis negocios. En eso soy bastante quisquilloso.

—Eres quisquilloso en más que eso, ¿quieres que hablemos sobre la codicia y la envidia?

—Creo que te refieres a los celos, Sean.

Los dos hombres se fulminaron una vez más con la mirada y Lucia echó un

rápido vistazo a su espalda. Increíblemente, la mujer que les había abierto la puerta se encontraba con la espalda pegada en ella, mirando la escena imperturbable, prácticamente sin pestañear y una presencia tan rígida que parecía una estatua grabada en piedra. Lucia sonrió con timidez y giró de nuevo el cuello para recuperar el hilo de la absurda y sin sentido discusión que estaban manteniendo los dos hombres.

—Siento interrumpir —soltó bruscamente, tratando de liberarse de la mano de Aidan. Los dos hombres se callaron y la miraron tan fríamente que, aunque Lucia sabía que esa mirada no iba dirigida especialmente a ella, vaciló antes de añadir—: puedo comprender vuestros problemillas de pareja y esas cosas y hasta podría aconsejaros alguno de esos psicólogos especialistas en terapia de parejas con problemas y esas cosas... pero, en serio, ¿Qué pinto yo en esta historia?

Lucia percibió como los ojos de Aidan se entrecerraban peligrosamente y se aventuró a lanzarle una sonrisilla de condescendencia.

—¿Desde cuándo son tu tipo?

Sean la ignoró deliberadamente, apartando la atención de ella y se acercó con dos copas; una de ellas se la entregó a Lucia que dudó antes de aceptarla y llevársela a la nariz para ver cómo olía.

—Explícame algo, Sean —Era algo que Lucia seguía sin entender. Esos hombres, por lo general, desde que se habían encontrado, hablaban como si realmente lo hicieran a sí mismos, porque preguntas hacían, pero respuestas había escuchado más bien pocas; era como si tan sólo profundizaran aquellos

temas que los dos estaban dispuestos a tocar; el resto lo evitaban como si jamás se hubieran empezado—, si estabas tan ocupado con Milla, ¿cómo se te ocurrió perseguirla a ella?

No hacia falta que especificara quien era esa “ella” de la frase. Lucia volvió a mirarlo furiosa, pero Aidan la ignoró. Comenzaba a comprender bastante bien de qué iba el juego de ignorar preguntas.

—¡Oh! Lo de esa mujer perdió la gracia en el momento que supe que tú no estabas interesado en ella.

¿Pero qué...? Lucia frunció el ceño, mirando a Sean enfadada.

—Imaginaba que estabas haciendo eso. Pensé que iba a suceder algo divertido pero tuviste que detener el juego.

Después le lanzó la misma mirada a Aidan. ¿Esos hombres se tomaban las mujeres en serio?

—No es un juego si no participas, aunque es en parte una lástima, parecía prometer bastante.

Aidan asintió con la cabeza.

—Debiste haberla probado. Es realmente buena en la cama.

—Harás que me arrepienta.

—¡Eh! —Lucia se soltó finalmente del brazo de Aidan, empujando con tanta fuerza que casi se tambaleó y cayó al suelo. Decidió ignorar la mirada burlona que le dirigió Aidan cuando la miró—. Veo que ha sido un reencuentro conmovedor —gruñó furiosa— ¿Me puedo ir ya? No quisiera molestar.

—¿Y ella qué tal es en la cama?

Lucia respiró con tanta fuerza que sintió dolor en los pulmones y dirigió su mirada más cargada de odio hacia el hermoso rostro de Sean que bebía calmado un sorbo del licor. Por un momento, Lucia pensó lanzarle la copa que tenía en la mano sobre su cabeza.

—No creo que...

—No lo sé —la interrumpió Aidan tranquilamente—. No me he acostado con ella...

—¡Por supuesto que no!

—... aún.

Lucia giró con tanta fuerza el cuello que escuchó un crujido y se llevó la mano a él de manera automática, fulminando a Aidan.

—¿Qué...?

—El beso en el bar fue bastante atrevido.

Aidan enarcó una ceja.

—Se suponía que no podías verme.

—Oh, en realidad tengo ojos en todas partes.

Aidan bufó.

—Eso debe ser realmente un problema.

—Al menos nunca me han engañado.

—Te pierdes los placeres de la vida.

—¿La rabia del engaño?

—La satisfacción de la venganza.

Un momento, un momento. Lucia se llevó los dedos a las sienes y comenzó a masajéaselas con fuerza. ¿De qué estaban hablando?

—¡Eh!

—Al principio me sorprendió tu interés hacia esa mujer —continuó Sean como si ella no hubiera dado un grito.

—¡Eh!

—Pero creo que comienzo a entenderlo.

—¿Crees que lo entiendes?

—Resulta bastante interesante.

—Más de lo que imaginas.

Lucia apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho, alternando sus miradas de uno al otro hombre, furiosa, roja de la rabia y la vergüenza, pero con una agradable sensación en el estómago que la hacía odiarse a sí misma.

—Tú —gruñó, y agarró a Aidan del cuello de su camisa tratando sin mucho éxito dominar el cuerpo del hombre. Lucia supo sin esfuerzo que el hecho de que Aidan la mirara y le prestara atención sin apartarla, se debía únicamente a que él lo permitía de esa manera. Saberlo hizo que Lucia temblara de ira—. Estoy aquí, ¿sabes? Imaginaba que las conversaciones de los hombres eran realmente asquerosas, pero que hablen de mí como si fuera mercancía y que lo hagan delante de mis narices es pasarse de la raya.

—Tiene carácter —rió Sean sin disimulo.

—Eso parece.

Lucia respiró con fuerza y Aidan la rodeó por la cintura, apretando su delgado cuerpo contra el de él.

Ella dio un gritito bochornoso.

—Creo que no llegaremos a ningún acuerdo en tu estado de ahora.

Sean se encaminó hacia ellos y se detuvo a su lado.

—¿Un acuerdo?

—Quiero la pieza, Aidan. Me pertenece.

—Gané la pieza. Ahora es mía. ¿Cuántas veces tengo que repetir lo mismo?

Aidan bajó la mano hasta las nalgas de Lucia y apretó una en su mano con fuerza, empujándola hacia arriba sin aliviar la presión del cuerpo de ella con el suyo.

—¡Aidan, bastardo!

Era imposible moverse tal y como estaba y Lucia sintió el intenso calor de sus mejillas y el resto del cuerpo.

—La pieza ya era mía. Norman no tenía derecho a apostarla.

—Eso no es mi proble... ¡Estate quieta!

Aidan agarró la mano que intentaba aferrarse a sus ojos y la bajó con fuerza manteniéndola sujeta a su costado

—Seré condescendiente —rió Sean—. Parece que tu chica no puede estar un segundo sin tus atenciones.

—¿Nos vas a dejar solos?

Aidan parecía incrédulo.

—¿Solos? —Lucia se puso rígida.

—Soy un hombre amable... —aseguró Sean acercándose a la puerta—.

Además, será difícil tratar contigo cuando no puedes mantener las manos, la cabeza y algo más lejos del cuerpo de esa mujer.

—Muy amable.

—Pero ve pensando en una manera de devolverme la pieza. Estoy dispuesto a negociar por ella —Sean abrió la puerta y salió, seguido de la mujer que sólo se movió cuando el hombre llegó a su altura—. Pero sólo porque eres tú, Aidan.

Y la puerta se cerró.

CAPITULO CATORCE

—¿Qué estás haciendo?

Lucia ignoró la pregunta de Aidan y volvió a golpearlo, cruzándole la cara con una nueva bofetada.

—¿Qué te has creído que eres?

Aidan se frotó la mejilla herida con tranquilidad y luego bajó la mano, haciendo que Lucia retrocediera unos pasos asustadas creyendo que Aidan iba a devolverle el golpe. El hombre, sin embargo, dejó caer pesadamente la mano al costado y sonrió, burlón ante la actitud cobarde de Lucia tras haber provocado todo aquello.

—Deja de golpearme.

—¿Vas a obligarme? —gruñó, dando otro paso hacia atrás por si Aidan decidía responder de manera afirmativa a la pregunta.

—Te dije en una ocasión que necesitabas modales. Si es necesario te tumbaré en mis rodillas y te golpearé.

—Atrévete.

Aidan levantó una ceja, sin borrar la sonrisa burlona.

—¿Es un ofrecimiento?

Lucia enrojeció una vez más. ¿Ella era tan evidente o Aidan disfrutaba burlándose de ella?

—¿Qué demonios? —murmuró, molesta—. No te lo tengas tan creído.

—Oh, ya sé —rió Aidan—. Te espera un galante caballero en tu cama con su brillante armadura, ¿es eso?

Lucia abrió mucho los ojos, acordándose de pronto de Matt y notó como palidecía de pronto. Abrió la boca y la cerró y luego miró a Aidan fijamente unos segundos, ganándose una mirada inquisitiva por parte del hombre y un segundo después se encontró rebuscando en su bolso el móvil, donde lo había metido una vez Sean había dado la amable sugerencia de que guardara el teléfono antes de que él decidiera quedárselo.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó Aidan, fastidiado, mirándola como comenzaba a enredar con el teléfono.

—¿Tú que crees? —soltó ella, sin dejar de marcar el número de Matt mientras recordaba uno a uno los números de su teléfono—. Llamar a la policía es muy tentador, pero no tengo ganas de probar a ver qué sucede si lo hago — Además, si no le habían quitado el teléfono significaba que no les importaba mucho que lo hiciera y tampoco sabría a donde mandarlos... Y, por supuesto, en ese momento consideraba mayor amenaza a Aidan que a Sean, pero lo de Aidan aún no estaba segura si considerarlo una amenaza, ya que no podía ver el momento de que Aidan pusiera sinceramente sus manos sobre ella...—. Estoy llamando a Matt. Tengo que decirle que estoy bien —O lo que fuera antes de que decidiera llamarla él o lo que era peor, avisara a Erika o a sus padres... Lucia podía imaginarse la escena perfectamente y de pensarlo le daban escalofríos.

—Es molesto.

—¿Qué?

Lucia levantó un momento la mirada del teléfono. Aidan la observaba con el ceño fruncido y una expresión amenazadora.

—¿No puedes dejar de pensar en él un momento?

—¿Pensar en quién?

Sólo cuando Aidan le arrancó el teléfono de la mano y lo tiró al suelo con rabia y se vio rodeada con sus brazos, Lucia comprendió a quien se refería pero para entonces ya se encontraba devorando la boca de Aidan, demasiado hambrienta de ese hombre como volver a acordarse de Matt.

Sus dedos eran incapaces de estarse quietos, deslizándose por debajo de la camisa de Aidan mientras trataba de quitársela a la misma vez que la chaqueta.

—Espera, ya lo hago yo —murmuró él, apartando un momento los labios de los de ella, empujándola con su cuerpo mientras se desprendía de la chaqueta y se desabrochaba la camisa volviendo a hundir su boca en la de ella, tan hambriento como Lucia.

Lucia no se opuso, dejó que él se deshiciera de su ropa más hábilmente de lo que ella podía conseguir, aprovechando para desnudarse, quitándose la chaqueta y pasando por la cabeza la camiseta, mostrando ante los ávidos ojos de Aidan su sujetador de encaje negro, algo avergonzada por su delgadez, pero Aidan la miró con avidez, introduciendo una mano bajo el sujetador y le acarició el pecho, pellizcando juguetonamente el pezón.

Lucia suspiró, estremeciéndose cuando la mano libre de Aidan acarició su sexo sobre la tela del pantalón, frotándolo, hundiendo un dedo en la ropa.

—Me lo quitaré —suspiró ella.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Aidan la empujó, sorprendiéndola una vez más y la tiró sobre el sofá, arrodillándose entre sus piernas y bajó la cabeza hasta ellas, besando su ombligo y desabrochó el pantalón, siguiendo el recorrido de su lengua hasta tirar completamente del pantalón y lo bajó, dejando al descubierto la parte palpitante de su sexo, húmeda, y abierta para él.

Aidan la contempló un momento, unos segundos y deslizó la mano bajo sus nalgas, levantándole las caderas sin esfuerzo e inclinó su boca entre sus piernas, hundiendo la lengua entre su sexo.

Lucia gritó, impresionada y agarró la cabeza de Aidan, enredando sus cabellos oscuros entre sus dedos, apretándolos con fuerza mientras dejaba escapar pequeños y deliciosos suspiros, derritiéndose al placer que Aidan le provocaba.

—Espero que sepas lo que significaban las palabras de Sean cuando dijo que tenía ojos en todas partes —musitó Aidan con voz ronca, tumbándose sobre ella. Su lengua recorría todo se pecho, mordisqueándole los pezones con fuerza.

Lucia gimió y trató de encontrar el cierre del pantalón, desatando torpemente el botón y deslizando la cremallera hacia abajo, abarcando con la mano toda la dureza de su excitación.

Como respuesta, Aidan succionó su pezón y Lucia se estremeció bajo su

cuerpo, dejando escapar un suspiro sin fuerzas.

—¿A qué te refieres? —susurró, introduciendo su mano por la ropa de Aidan hasta sentir la piel palpitante y dura de su miembro, preparado para tomarla y para hacerla gozar de placer. Lucia nunca había se había sentido tan excitada, jamás alguien había despertado sus sentidos de esa manera y nunca se había sentido tan preparada para ser tomada por alguien como deseaba que Aidan lo hiciera.

Aidan la besó en la boca con delicadeza, acomodándose entre su cuerpo y Lucia se movió para facilitarle el acceso, ansiosa.

—Posiblemente haya cámaras en toda la habitación.

Lucia sintió que se atragantaba y buscó la mirada de Aidan. Su mano le acariciaba el cabello y un destello de deseo se entremezclaba en sus ojos brillantes.

La deseaba.

Lucia deslizó una pierna por la cadera de Aidan.

—¿A qué te refieres con cámaras?

Aidan sonrió divertido y echó un vistazo al techo frente a él.

—Que esto, lo que estamos haciendo ahora mismo, estará siendo grabado. Me pregunto si este tipo de afición también es propia de Sean.

Lucia parpadeó. Sus manos se habían detenido y miraba la sonrisa traviesa de Aidan horrorizada.

—Estás bromeando.

Aidan se encogió de hombros.

—No tienen mucho más que ver, ¿no?

Ladeó la cabeza y siguió observándola con la misma intensidad de antes. Lucia se preguntó, por un fugaz momento qué ocurriría si ella le decía que quería detenerse en ese momento.

Pero eso era si ella quería.

Y ella no quería.

—Te estás burlando de mí —se quejó, arrancando una carcajada en Aidan, levantándole la pierna que ella mantenía en su cadera con más fuerza, sosteniéndola con la mano mientras empujaba su trasero para acomodar sus piernas en su cuerpo.

—Tal vez —admitió—. Pero deberías haber visto la expresión de tu rostro en este momento.

Lucia hizo una mueca o trató de hacerlo, porque en ese momento sintió el pene de Aidan en sus piernas y ahogó una exclamación.

—Relájate —pidió él suavemente, besándola en la barbilla.

—Estoy... relajada —gruñó ella quedamente, con un jadeo, apremiando sus caderas para que Aidan se diera prisa en penetrarla.

—¿A qué viene tanta prisa? —susurró él en su oído, lamiendo y mordisqueándole el lóbulo mientras frotaba su miembro erecto en su sexo, arrancándole crueles estremecimientos.

—Aidan —suspiró con un jadeo, apretando sus manos en las nalgas del

hombre para apretarlo contra ella.

Aidan rió suavemente y deslizó una mano entre sus piernas, introduciendo un dedo en el interior de su sexo. Lucia arqueó las caderas.

—Aidan, hazlo ya —gimoteó.

En ese momento el teléfono comenzó a sonar y Lucia reconoció la canción que tenía como sonido de llamada.

Los dos se detuvieron y Lucia sintió la tensión de los músculos de Aidan sobre ella.

CAPITULO QUINCE

—Debería cogerlo —musitó, al ver que tras una breve pausa en la que debió saltar el buzón de voz, la música comenzó a sonar estridentemente.

—Deja que suene.

La voz de Aidan sonó fría y dura y Lucia lo miró un momento a los ojos. Aún ardían, pero habían adquirido un brillo peligroso.

—Puede que sea Matt —insistió ella, intentando alcanzar el teléfono con una mano, algo verdaderamente imposible, si Aidan no aliviaba la presión de su cuerpo.

—Déjalo.

Lucia lo ignoró. Sólo sería un momento y la música comenzaba a irritarla.

—Será...

—Olvídate de él.

Lucia sintió una sacudida y volvió a mirarlo.

—¿Qué?

Aidan la agarró con más fuerza, separándole las piernas bruscamente y la penetró, deslizándolo su miembro dentro de ella con fuerza, arrancándole un grito.

Lucia se aferró con fuerza a su espalda, sintiendo la dureza del sexo de Aidan dentro de ella, caliente y palpitante.

—Olvídate de él, quiero que ahora sólo pienses en mí —susurró Aidan,

besando sus hombros y acariciando sus pechos. Lucia no se movió, tampoco respondió—. Quiero que te llenes de mí, sólo de mí.

Lentamente, Aidan comenzó a moverse, suavemente al principio, empujándola casi con ternura, pero las embestidas fueron intensificándose, aumentando el ritmo del movimiento de sus caderas, conduciéndola a ella a lo loco, arrastrándola con él hasta alcanzar el orgasmo, fundiéndose en el cuerpo ardiente de Aidan, gritando, gimiendo y arañando la piel desnuda de la espalda del hombre mientras éste llegaba al clímax, llenándola de él, obligándola a que su cuerpo y su mente sólo pudiera reaccionar a su cuerpo, al tacto de sus caricias, al sabor de su boca.

Aidan la besó tiernamente en los labios antes de apartarse de ella y Lucia lo agarró del cuello, inclinándolo una vez más hacia ella, besándolo intensamente durante unos instantes, devorando su boca como si aún no hubiera tenido bastante.

—Eres insaciable, ¿eh? —rió él, apartando sus labios y volviendo a inclinarse, manteniéndose sentado sobre sus piernas.

Al principio sólo la observó y Lucia permitió que lo hiciera, sin pudor, dejando que contemplara sus pechos desnudos, la manera en la que subía y bajaba al ritmo acelerado de su respiración, con las piernas aún abiertas, húmedas y calientes.

—¿Te gusta lo que ves? —le provocó con una mueca.

—Bastante —admitió él, arrancando un estremecimiento en ella.

Lucia borró la sonrisa burlona y trató de alejar las emociones que habían comenzado a florecer en su estómago, aplastándolas con fuerza.

—Por cierto, ¿cómo tienes planeado salir de aquí?

Él se encogió de hombros, con una sonrisa.

—Te aseguro que por la puerta —bromeó—. Siento tener que decepcionarte, pero sólo soy un hombre normal; me sería físicamente imposible hacerlo por la ventana y llegar al suelo ileso.

Lucia hizo una mueca e intentó mover una pierna para darle una patada, pero Aidan agarró su tobillo y se lo torció.

—¡Eso duele! —protestó ella, moviendo la pierna con violencia.

—Siempre puede doler más.

—¿Qué...?

Aidan inclinó la cabeza para rozar su pie con los labios, besándolo antes de volver a dejarlo en el sofá y se levantó, permitiendo que ella pudiera recuperar la ropa y la dignidad.

Lucia lo observó mientras él se vestía, agarrando su ropa despacio, sin perderse un instante de los movimientos metódicos del hombre al atarse la camisa o ponerse la chaqueta. Cuando los ojos de Aidan se volvieron hacia ella, Lucia fingió estar entretenida cerrándose el sujetador.

—Tus amigos —dijo ella para romper el silencio y desviar la perturbadora mirada de Aidan de ella—. ¿Quiénes son?

—Mis amigos —Aidan se puso a reír y Lucia hizo una mueca—. Mis

amigos, como dices, son unos... —Aidan se calló y pareció pensarlo, después sonrió antes de responder—: digamos que son unos contrabandistas.

Lucia abrió mucho los ojos.

—¿Contrabandistas?

Casi se atragantó al pronunciar la pregunta.

—Sí, eso es lo que mejor se le da a Sean.

—¿Ese hombre es un contrabandista?

Aidan asintió con la cabeza, bastante convencido, moviendo el cabello desordenado al hacerlo.

—Sí.

—¿Y qué relación tienes tú con él?

—Hace un momento aseguraste que éramos amigos.

—¿Y lo sois?

Aidan se encogió de hombros sin borrar la sonrisa.

—Nos conocemos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella, terminando de atarse los pantalones. Aidan la miró fijamente un momento, haciendo un nuevo repaso por su cuerpo y Lucia se sonrojó suavemente, poniendo las manos en la cadera.

—Tenemos asuntos pendientes.

Lucia repasó la escasa información que tenía y abrió mucho los ojos, dejando caer las manos en los costados.

—Tú... —Poco a poco fue levantando una mano y lo señaló con el dedo—,

¿también eres contrabandista?

—Haces deducciones muy rápidas, ¿no?

—¿Lo eres?

Su voz sonaba casi histérica.

—No. Pero tengo algo que él quiere, que considera que es suyo y que está dispuesto a cualquier cosa por obtenerlo —Y abrió los brazos—. Por eso nos encontramos aquí.

Lucia asintió despacio, mirando a su alrededor, una vez más preocupada.

—Me he estado tomando esto bastante bien... —Y vaya que bien, que hasta acababa de acostarse con él—, actuabas tan tranquilo que me lo he tomado todo como una broma o no sé... ¿debería empezar a preocuparme?

Aidan se llevó una mano a la cabeza, frotándose el pelo un momento, con una apariencia irritantemente pensativa y cuando Lucia iba a hacer la misma pregunta a gritos, él movió la cabeza, primero a la derecha, luego a la izquierda y luego la miró con un brillo juguetón en los ojos.

—Si digo que no hay nada de lo que preocuparse, ¿vamos a por una segunda ronda?

Lucia contuvo el aliento e hizo un gran esfuerzo para no girar la cabeza y mirar hacia el sillón del que acababa de levantarse.

—¿Tengo que preocuparme o no? —gruñó, controlándose.

Aidan la miró unos segundos más a los ojos; después se encogió de hombros, demasiado despreocupado para lo que terminó respondiendo.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si consigue lo que quiere o no.

—¿Y qué es lo que quiere?

Aidan se rascó la cabeza y sonrió.

—Una pieza de dominó.

Lucia parpadeó incrédula, abriendo y cerrando los labios varias veces.

—¿Una pieza de qué?

—De dominó.

—Te refieres a esas piezas... —Lucia movió exageradamente las manos, tratando de explicarse—, las del juego de dominó.

—Sí, una de esas piezas.

—¡Es una broma!

—No.

—¿Y por qué no se la das?

—Porque es mía. Yo la gané.

—¿La ganaste?

¿De qué estaban hablando? ¿Había sido secuestrada por una pieza de dominó? No es que hubiera preferido haberlo sido por un gran cargamento de cocaína, pero una pieza de dominó... al menos unos diamantes o alguna cosa de un valor incalculable... pero una pieza de dominó...

—Sí, en una partida de poker.

Lucia bufó y se movió sin saber a donde ir.

—Bromeas.

—No. Fue una partida justa de poker.

Lucia se detuvo y cerró un momento los ojos, cruzándose de brazos.

—Bromeas —insistió ella.

—No —dijo una voz al otro lado. Los dos se giraron y miraron a Sean que abría la puerta en ese momento y entraba con una sonrisa, acompañado de la guapa muchacha con complejo de estatua y el gorila que había estado a punto de estrangularla—, pero nunca fue una partida limpia.

CAPITULO DIECISEIS

—¿No deberías haber llamado antes de entrar? —respondió Aidan, retornando a su juego de hablar cada uno a una cosa diferente.

—Oh, no te preocupes, esperé un tiempo considerable después de que cesaron los gritos.

Sean la sonrió y Lucia volvió a sonrojarse, odiándose por ello. Eso comenzaba a convertirse en un hábito.

—Muy amable —soltó Aidan con sarcasmo—. ¿Y qué tal las imágenes de la cámara?

—En realidad hay tres.

Sean las señaló con un dedo. Lucia lo siguió con la mirada, pasando del color rojo al blanco.

—¿Cámaras? —su voz sonó como si acabara de ser estrangulada—. ¿Cámaras?

—Te dije que había cámaras —la recordó Aidan, señalando en sofá con la cabeza.

Lucia se negó a mirar la misma dirección y se cruzó de brazos.

—¿Cámaras? —repitió, arrastrando las palabras con aspereza.

—No os preocupéis —dijo Sean finalmente, adentrándose en el salón. Echó un vistazo demasiado largo al sofá y siguió su camino hasta el bar—. Hice

desconectar las cámaras.

—¿Debería agradecértelo? —preguntó Aidan sin emoción.

—Lo hice por ella, no por ti —se defendió Sean, levantando una copa sin apartar la mirada de Lucia.

—Gracias —murmuró—, supongo.

—De acuerdo, ahora que ya tienes la mente más calmada, ¿qué tal si hablamos de negocios?

—¿Quién dice que estoy calmado?

Sean levantó una ceja.

—Mi paciencia es limitada, Aidan. Dame la pieza y podéis usar la habitación del fondo durante toda la noche si queréis. Soy muy generoso, ¿no crees?

—Mucho —Aidan cruzó los brazos sobre el pecho, con las piernas separadas como si realmente pretendiera comenzar una pelea—, pero la pieza me pertenece.

Lucia pensó en intervenir, pero el ruido de la copa de Sean al estrellarse en el suelo hizo que cerrara la boca y mirara al hombre asustada.

—¿Sabes hasta dónde soy capaz de llegar por esa pieza?

—Oj, lo sé, aún me duelen las costillas rotas cuando va a llover.

Lucia giró el cuello para mirar a Aidan sorprendida, bajando los ojos hacia su camisa.

—Yo aún sufro migrañas.

—No te rompí la cabeza.

—Aún tengo la cicatriz.

—Vale... —susurró Lucia muy despacio, casi deseando que no la miraran aunque sí lo hicieron—. Sólo es una pieza de dominó. ¿Queréis que os compre una?

—No intervengas en esto —dijo Aidan, señalándola con una mano.

—No, no —insistió, ignorando a Aidan y dio un paso hacia Sean—. ¿Cuál de ellas es la que quieres? Busco una juguetería en la guía y te compro el pack completo de fichas. ¿Contento?

Hubo un gran silencio.

—La pieza de la que hablamos no es una ficha de juguete; no es parte de un juego —dijo Sean despacio.

—¿Ah, no?

Lucia lo miró un momento y luego miró a Aidan que negó con la cabeza.

—Es la pieza gemela esculpida en oro con amatista de...

—Es una obra de arte —cortó Aidan a Sean, resumiendo la explicación detallada que había comenzado el otro hombre.

—Oh —murmuró con una sonrisa de disculpa.

—No puedes reemplazarla.

—Supongo que es cara.

—No sólo es cara —continuó Aidan—. Es única. La pieza gemela la tiene Sean y quiere conseguir la que yo tengo.

—No quiero conseguirla. Es mía.

—Yo diría que no. La gané, ¿recuerdas?

—Esa pieza ya era mía antes de esa partida, nunca debió apostarse.

—Puede que no, pero debiste mantener tus cosas contigo, hubieras evitado esta situación.

—Vale —dijo Sean manteniendo mal la calma—. Te pagaré por ella.

—Sabes que ese camino tampoco es el correcto —Aidan parecía aburrido—.

Yo también estoy dispuesto a pagarte por la pieza que tienes.

—No está a la venta.

—La mía tampoco.

Los dos hombres se miraron y Sean sonrió.

—¿Por qué crees que te invitado a tu amiga a que se una a nuestra agradable disputa?

—¿Por lo que sucedió en las Vegas hace un año?

La sonrisa de Sean se congeló en los labios.

—Tal vez me replanteé lo de matarte.

—También es un asesino —murmuró Lucia llevándose una mano al cuello—. Lo he dicho en voz alta —susurró al ver como los dos la miraban.

—¿También? —se interesó Sean.

—¿No eres un contrabandista?

Sean giró el cuello para lanzar una divertida mirada a Aidan.

—Veo que has estado muy aburrido.

—Me preguntó qué eras y yo respondí —se defendió Aidan con un

encogimiento de hombros y una expresión inocente.

—¿Contrabandista?

—¿No lo eres?

—Por supuesto que no.

—Vaya, me alegra haberlo averiguado.

—Intenta recordarlo para la próxima vez.

—¿Habrá próxima vez?

—No a lo que se refiere a mi pieza.

—Mi pieza —le corrigió Aidan.

—Que me cambiarás por tu deliciosa mujer.

La mirada de Aidan se volvió peligrosa, entrecerrando los ojos. El gorila de Sean dio un paso hacia él pero Sean lo detuvo con un movimiento de mano.

—Ella no está a la venta.

Lucia se hubiera preocupado por ese comentario si no hubiera comprendido a gravedad de la situación. Comenzó a transpirar con fuerza y la ansiedad hizo que se le aceleraran los latidos del corazón.

—Tampoco lo estaba mi pieza.

—No sé cual es el juego que pretendes iniciar pero...

—No estás en condiciones de marcar las reglas, Aidan —Sean se sirvió otra copa—. La pieza o la chica se quedará conmigo, y ya sabes lo que pasará después, ¿verdad?

Hubo un silencio excesivamente prolongado y Lucia intentó mantener la

compostura. ¿De verdad iba a dejar su vida en la decisión de ese hombre? Puede que sus cuerpos fueran compatibles, pero no estaba muy segura de que la promesa de otro posible revolcón fuera un incentivo suficiente para elegirla a ella a cambio de la pieza dichosa. Sin darse cuenta apoyó la mano en la pared, mareada y con ganas de vomitar.

—Entenderé tu silencio como una negativa. Coge a la mujer.

—¡No!

Aidan la agarró y la rodeó con el brazo, sosteniéndola por la cintura.

Sean entrecerró los ojos y los observó.

—¿La pieza?

—Te daré tu maldita pieza.

Lucia sintió algo extraño en el estómago y una nueva debilidad en las piernas, pero dudaba que pudiera caer al suelo con la fuerza que Aidan la sujetaba.

Sean sonrió.

—No creo que hubiera conseguido el mismo resultado con la fulana que conocí primero.

Sean levantó la copa en señal de hacer un brindis y bebió un sorbo del licor, justo en el momento que comenzó a sonar una vez más su teléfono móvil, sobresaltándola.

Todos escucharon la estridente música sin que ayudara a mejorar el ambiente tenso que se había creado y Lucia miró el teléfono, con la luz parpadeante de la

pantalla y sintió un brote de ansiedad.

—¿Nadie va a responder? —se interesó Sean finalmente, con una nota irritada en la voz.

—Debe... —Lucia habló en voz baja, prácticamente para que solo Aidan la escuchara—. Será Matt —dijo finalmente, sintiéndose muy culpable entre toda la mezcla de emociones que sentía en ese momento, pero sin ganas de apartarse del fuerte y sobreprotector brazo de Aidan para ir a cogerlo.

—Responde —soltó Aidan con voz ronca, apartando el brazo para dejarla ir.

Lucia corrió hacia el sofá y se agachó para coger el teléfono, apartándose de Sean antes de contestar la llamada.

—¿Si? —dijo con voz débil.

—¿Lucia? ¡Santo Dios! ¿Dónde estás? ¡Llevo horas buscándote y no te encuentro por ningún lado y no respondías el teléfono y...

Lucia miró a la mujer estatua que se había acercado a ella y le indicaba en silencio que la siguiera fuera de la habitación. Lucia giró el cuello para mirar a Aidan que había endurecido la mirada y sólo la dedicó un frío vistazo que le sacudió las entrañas mientras asentía con la cabeza, invitándola a que saliera fuera a hablar si lo deseaba.

Lucia se movió de mala gana, siguiendo a la mujer fuera de la habitación y se quedó justo al otro lado de la puerta.

—¿Lucia? ¿Estás ahí?

—Sí... Ah, Matt...

—¿Qué ha ocurrido?

—Bueno...

¿Qué tenía o qué podía explicarle? Si era posible deseaba salir de ese edificio sana y salva... y con Aidan. La última idea era aterradora.

—He tenido que hacer algo urgente.

—¿Algo urgente?

—Eh... ahora no puedo hablar.

—¿Ha sucedido algo, Lucia?

Lucia tragó con esfuerzo antes de responder, mirando la puerta cerrada un momento.

—No... realmente no. Siento no haberte avisado, lo siento, la verdad, pero tuve que salir con mucha prisa y no tuve tiempo.

—Ey, me estás preocupando.

—Pero si estoy bien.

Al menos creía estarlo.

Lucia escuchó un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—He llamado a Erika.

—¿Qué? —Su voz sonó más escandalizada de lo que había pretendido.

—Lo siento —se defendió Matt—, pero era eso o hablar con tu familia y eso último iba a hacerlo si no me contestabas ahora el teléfono.

—Vale, vale —musitó Lucia llevándose una mano a los ojos—. De acuerdo, ¿sólo has avisado a Erika?

—Sí.

Lidiar con su amiga no sería tan difícil llegado el momento; aunque ahora mismo le daba igual todo.

—Matt —dijo suavemente—. ¿Dónde estás?

—Yo sigo en el hotel, ¿dónde estás tú?

—Ve a descansar —dijo ella, ignorando la pregunta.

—No, te esperaré.

Lucia dudó un momento.

—Voy a ir a casa de mis padres.

—Pensé que no querías ir con ellos.

Y no quería, pero lo que realmente quería era pasar la noche con Aidan y no iba a tentar tanto su suerte. Lo que había pasado entre ellos era... ni siquiera sabía lo que era.

—Necesito pensar.

Hubo un silencio.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí. Mañana nos vemos, ¿de acuerdo?

No esperó a terminar de escuchar la respuesta de Matt, cerró el teléfono y apoyó la cabeza en la pared.

—¿Qué hago ahora?

La puerta se abrió y Aidan salió de la sala con expresión sombría y los labios apretados.

Lucia se irguió rápidamente, en guardia, y lo examinó un momento antes de desviar la cabeza hacia Sean que salía justo detrás, custodiado por la estatua y el gorila.

—¿Qué...?

No terminó la frase. Aidan la rodeó por la cintura y la empujó, obligándola a caminar a su paso por el mismo pasillo que habían recorrido hacia unas horas.

—Nos vamos.

Lucia no protestó; tampoco se sentía con ánimos para hacerlo. Se dejó guiar hasta los ascensores y acompañó al silencio que siguió hasta el garaje donde Sean los condujo al coche.

—Ha sido un placer conocerte —dijo Sean, haciendo un gesto cortés con la mano. Lucia le hizo una mueca grosera como respuesta y entró en el coche por la puerta que Aidan había abierto para ella—. Y un placer hacer negocios contigo, Aidan.

—Mantén tus manos lejos de lo que es mío a partir de ahora.

Sean se rió como respuesta y sostuvo la puerta hasta que Aidan se sentó a su lado, cerrándola con un portazo antes de hacer señas al conductor para que arrancara.

—Lo siento —dijo Lucia finalmente, después de haber dado la dirección de la casa de sus padres al conductor y el silencio tenso que los acompañó dentro comenzó a asfixiarla—. Es mi culpa lo de la pieza.

Aidan la miró de reojo, sin cambiar la expresión enfadada, la mirada de hielo

líquido y la rigidez de sus hombros. La observó durante más tiempo del que Lucia soportó sin revolverse, soportando mal la dura mirada sobre ella y después la clavó en los cristales de la ventanilla.

—No tienes culpa de nada.

—Pero si yo no hubiera estado...

—Fue mi culpa que estuvieras allí, no tuya.

Sus palabras eran tirantes y su tono cortante. Lucia enarcó una ceja pero no hizo ninguna observación al respecto.

—Supongo que no podría pagarte nunca el valor de la pieza de dominó esa...

—No se trata de dinero.

—Pero...

—Olvidalo. Sólo fue un error de cálculo.

—¿Un error de cálculo?

Aidan asintió despacio, volviendo a lanzarle una silenciosa mirada que hizo que Lucia se volviera a revolver incómoda.

—En mis cálculos no entrabas tú.

CAPITULO DIECISIETE

Aunque había sabido que dormir sola en casa de sus padres activaría un vértice de rumores y cuchicheos que había tratado de evitar desde su llegada, Lucia se tomó la situación mucho mejor de lo esperado.

Simplemente los ignoró a todos.

Si antes Rosa había sospechado de que entre ella y Matt había problemas, ahora la mirada de suficiencia y victoria que le dedicó nada más verla entrar detrás de sus padres, bastó para que Lucia supiera el tema principal de las próximas semanas.

—Lucia —la saludó sin borrar la sonrisa—. ¿Y tu novio?

—¿Qué pasa con él? —preguntó ella en cambio, con otra sonrisa radiante que borró la de prepotencia que había adornado el rostro de Rosa al verla entrar.

No esperó a que la mujer se recuperase, echó a andar hacia los ascensores, pero cuando las puertas se abrieron y varias personas salieron y quedó libre para que ella pudiera entrar, no lo hizo.

Durante toda la noche, Lucia había pensado en Aidan y lo ocurrido con él y, aunque la decisión le escocía, había decidido ser todo lo relativamente sincera que era capaz respecto a sus sentimientos. Pero de ahí a subir a una habitación en la que posiblemente se encontraría la exuberante Milla... no entraba en sus planes. Si ella le abría la puerta su decisión se desmoronaría; lo haría con sólo

verla dentro de la habitación u oírla... y seguramente Milla estaría allí... ¿qué sentido tenía subir realmente a hablar con él si no llegaría a hacerlo?

Sacudió la cabeza y se alejó de los ascensores, caminando despacio hasta el bar y allí también se detuvo antes de avanzar.

Erika se encontraba cerca de la barra, junto a Matt y se mostraban especialmente acaramelados, como si no se hubieran visto en un mes. Lucia gruñó exasperada, sin importarle que alguien de su familia pudiera ver a los tórtolos y comenzaran las preguntas y se giró, dispuesta a marcharse y enfrentarse a su amiga en otro momento.

—¿De verdad le encuentras una explicación diferente a lo que ves?

Lucia se detuvo bruscamente y levantó la mirada para encontrarse con Aidan a un lado, detrás de ella y observaba a Matt y Erika con una expresión indescifrable, pero con una mirada peligrosa.

El corazón de Lucia dio un vuelco y giró un momento el cuello para mirar la empalagosa escena con una sonrisa. Era el momento de dar una explicación, respiró con fuerza y volvió a mirar a Aidan.

—Eso es...

No pudo terminar la frase. Aidan pasó de largo, dejando en el aire el aroma de su colonia y se acercó a la pareja en dos zancadas, esperando sólo el segundo que tardaron en darse cuenta que él estaba allí y mirarlo, para golpear a Matt en la cara, airándolo al suelo del impacto.

Erika gritó y Lucia también, lanzándose hacia ellos para detener la pelea que

se había iniciado cuando Matt se levantó rápidamente, recuperándose de la sorpresa y arremetió contra Aidan.

No fue difícil separarlos, Erika se hizo con el control de Matt en un momento y Lucia se encargó de interponerse entre Aidan y sus amigos, lanzándoles una mirada de disculpa antes de enfrentarse a Aidan.

—Lo siento —murmuró en voz alta, ignorando a los mirones que se habían reunido en el bar, sin detenerse a comprobar si había alguien de su familia. La disculpa los abarcaba a los tres, pero Aidan enarcó una ceja, visiblemente molesto, pero Lucia no consiguió interpretar el motivo de ese enfado—. Aidan ella es Erika, mi amiga —la presentó con un nudo en el estómago—. Y la verdadera novia de Matt.

El silencio que siguió a sus palabras fue roto únicamente por las voces que les rodeaban y el movimiento de Erika situándose a su lado.

—Un placer —dijo secamente, con un brillo malicioso en su mirada dirigido a ella.

Lucia le enseñó los dientes en una mueca.

—Puedo demandarte —interrumpió Matt tocándose la mandíbula con una mano y un gesto exagerado.

—Hazlo —le provocó Aidan, aunque había perdido considerablemente la tensión de los músculos y una sonrisa se asomó en los labios.

Lucia sabía que Matt no intentaría denunciar a Aidan por una pelea como aquella y mucho menos por el motivo por el cual Aidan la había empezado, algo

que sobrecogía a Lucia aunque no quería pensar demasiado en eso.

—Estaré bien —aseguró a Erika con los brazos cruzados, en la puerta para empleados por la que había salido la noche anterior.

—No me importa que Matt se quede. Vine porque estaba preocupada por ti.

—No, da igual. Dije que verían a mi novio —dijo con una sonrisa—. No que pudieran disfrutar mucho de él.

Erika sonrió también.

—¿Y ese Aidan?

—No preguntes.

—¿Y qué pasó ayer realmente?

Lucia hizo una mueca.

—Tampoco preguntes.

—Ya.

Erika le dio un fuerte abrazo y Lucia se lo devolvió, permaneciendo así un momento antes de que las dos amigas se separaran.

—Nos vemos a la vuelta, ¿de acuerdo?

—Hablaemos entonces.

Lucia se despidió de Matt con una mano y esperó a que el coche se alejara para volver por el pasillo hasta los servicios y de allí al vestíbulo.

Los rumores se habían extendido como una plaga. Lucia podía ver la manera en la que todos la miraban y la forma en la que cuchicheaban cuando creían que ella no miraba. Susan se pegó a ella como si realmente necesitara alguna clase de

consuelo, frotándole en brazo y lanzándole odiosas sonrisas de ánimo. Sólo preguntaron una vez por Matt —cada uno de ellos, por supuesto—, y la respuesta de Lucia de que había tenido que irse por asuntos de trabajo sólo arrancaba asentimientos de cabeza y una palmadita en el hombro. Lucia los hubiera asesinado a todos si no hubiera estado completamente absorbida por Aidan o mejor dicho, por su ausencia y los extraños rumores que también habían empezado a circular sobre él y la manera que Milla se había marchado, dándole una bofetada y algún insulto en la puerta de entrada y delante de todos.

Lucia había tratado de hablar con él tras lo sucedido en el bar con Matt y Erika, pero el hombre había desaparecido mientras calmaba las cosas con sus amigos y desde entonces no lo había encontrado. Incluso había subido a su habitación, pero nadie le había abierto la puerta.

Y tampoco apareció en el segundo ensayo.

Nadie preguntó por él y todo transcurrió como si no esperaran que Aidan fuera a suponer un problema aunque no asistiera a los ensayos.

El día de la boda, Lucia se levantó temprano, aunque no fue la única. El movimiento de su casa era extremo, pero toda la atención estaba resumida en Susan y sus tías no tardaron en llegar para ayudar con los preparativos de la novia. Incluso Rosa se acercó.

Lucia se vistió tranquilamente, aceptando que la peluquera que su madre había llamado, le arreglara el cabello, haciéndole un bonito recogido con horquillas brillantes que resaltaban con el bonito y natural maquillaje y el color

rosa pálido del vestido de encajes que había comprado para ese momento.

—Estás muy guapa —aseguró Iván, echando un rápido vistazo a su persona mientras estiraba el cuello tras los cristales de la puerta de su casa para tratar ver algo más allá del ir y venir de personas de un lado a otro.

—Olvidalo —le dijo Lucia con una sonrisa—. Se ha encerrado en la habitación nada más oír el timbre para que no pudieras verla.

—Vaya —dijo Iván, aún con el cuello estirado, luego volvió a mirarla—. De verdad que estás guapa.

—Gracias —Lucia hizo una mueca—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, vamos, mi hermano no tardará en venir a buscar a la novia.

—Aidan... —musitó Lucia sintiendo que se le aceleraba el corazón.

Iván la miró algo extrañado pero no hizo ninguna pregunta. Condujo despacio hasta la iglesia donde ya había invitados reunidos en la puerta, lanzando vítores al ver al novio a quienes Iván saludó amablemente y dio repetidos estrechamientos de manos y abrazó con cariño a su madre.

Entraron poco después y permanecieron de pie junto al altar, mirando y escuchando a medias las conversaciones de los invitados que iban ocupando los asientos hasta que la iglesia quedó completamente llena y hasta Edna llegó, saludándola con la mano y sentándose en los asientos reservados.

—Creo que viene ya —dijo Lucia consultando su reloj y comprobó amargamente que su hermana llegaba tarde quince minutos.

—Tu hermana prometió que se retrasaría media hora.

—¿Media hora?

Lucia respiró con fuerza y buscó un lugar donde sentarse con la mirada, arrancando una risita nerviosa en Iván.

Tal y como Susan había prometido, la marcha nupcial no comenzó a sonar media hora después de la hora marcada para la ceremonia. La novia entró radiante, con una sonrisa capaz de iluminar el día gris con el que había amanecido y el blanco de su vestido resaltaba con su piel bronceada, remarcando una belleza natural, pero Lucia no miró a su hermana. Sus ojos se desviaron instantáneamente hacia Aidan, a su lado, aceptando el brazo de su hermana mientras caminaban lentamente por el pasillo central hasta llegar hasta ellos y le tendió la mano de Susan a Iván, con una sonrisa y una mirada hacia Lucia un segundo después, colocándose en su sitio sin borrar la sonrisa.

Pese a que los dos compartían mesa con los novios al ser los padrinos, Lucia no tuvo la oportunidad de hablar con Aidan ni después de la ceremonia ni antes de la comida, creándole un nudo en la garganta y el estómago que le impidió probar la mayor parte del succulento menú que los novios habían preparado.

—¿No quieres?

Lucia miró una vez más la mano que Aidan le tendía y parpadeó antes de levantar la cabeza y mirar la sonrisa de Aidan.

—¿Bailar? —insistió.

—Sí, bailar.

—No creo que quieras bailar conmigo.

Aidan respiró con fuerza, frunció el ceño y la agarró de la muñeca, levantándola a la fuerza mientras la arrastraba a la pista de baile donde los novios y los invitados ya habían comenzado a divertirse.

—Espera, Aidan, en serio, haremos el ridículo. No sé bailar.

—Da igual, nadie espera que bailes un vals.

La agarró con fuerza por la cintura y la pegó a su cuerpo mientras se balanceaban lentamente.

Lucia lo miró y tras unos minutos suspiró.

—¿Qué pasó con Milla?

—Decidió irse.

—Dicen que se fue un poco enfadada.

—Yo diría que se fue bastante enfadada.

—¿Puedo preguntar qué paso?

—Le dije que no quería volver a verla.

Lucia disimuló una sonrisa y deslizó una mano por el cuello de Aidan.

—Ese es un motivo para enfadarse.

—Lo es. ¿Y qué tal tu novio falso?

Lucia se encogió de hombros.

Seguramente esté ahora muy acaramelado en los brazos de Erika.

—Es mejor que esté en esos brazos —aseguró, mirándole con una cálida mirada que hizo que Lucia se encogiera.

—¿Y Sean?

—Le di la pieza.

—Oh —dijo y tras una pausa añadió—. Lo siento.

—En realidad no fue un cambio tan malo.

La sonrisa de Aidan era picara y Lucia enarcó una ceja.

—¿Ah, no? Pensaba que valorabas mucho esa ficha de dominó —dijo ella burlonamente.

—Sí, era interesante. Y me gustaba hacer rabias a Sean, pero el cambio ha sido bastante bueno —Y clavó su inquietante mirada en los ojos de ella—. Cambié una obra de arte por otra.

Lucia contuvo la respiración y notó como se sonrojaba débilmente. Bajó rápidamente la cabeza, prácticamente apoyándola en su hombro, sintiendo los fuertes latidos de su corazón.

—No creo en el amor —dijo suavemente.

—Yo tampoco —respondió Aidan estrechándola con más fuerza en sus brazos.

Lucia sonrió y Aidan rió quedamente.

Erika iba a reírse de ella.

Estaba cayendo completamente, hundiéndose en sus propias palabras.

Y todo por ese hombre.

FIN